

PUNTO

ROJO



DIEZ PAJAROS NEGROS

silver kane

SILVER KANE

DIEZ PÁJAROS NEGROS

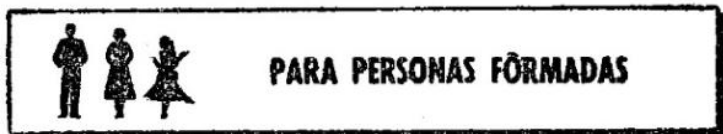
1.^a EDICIÓN
JUNIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES – BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 11523 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 1652/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

752. — Hora de morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

606. — Un regalo para el muerto.

En Colección BÚFALO:

420. — La dama negra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

259. — A la salud del muerto.

En Colección CALIFORNIA:

283. — La hora de los demonios.

En Colección COLORADO:

208. — Su último desafío.

En Colección KANSAS:

159. — Llegó para matar.

En Colección ASES DEL OESTE:

158. — Sentencia de muerte.

En Colección BRAVO OESTE:

67. — El paso de Satán.

En Colección PUNTO ROJO:

1. — Un solo ataúd.



UNO

El expreso de Roma se detuvo unos minutos en la estación de Imperia, en plena “Riviera del Fiori” italiana, uno de los lugares más amables y encantadores del mundo.

Hacía un magnífico sol.

Aunque no era plena temporada, puesto que acababa de empezar la primavera, había ya muchos turistas en la Riviera. Del tren descendieron unos cuantos matrimonios americanos que venían de la Costa Azul. Un hombre serio, con aspecto de banquero suizo o alemán, acompañado de una sospechosa secretaria de caderas opulentas y no más de veinticinco años. Dos nodrizas, con unos cuantos niños de aspecto enfermizo que, sin duda, pensaban beneficiarse con el sol detonante de la Riviera. Un periodista, con cara de alcoholizado, que tal vez iba a jugarse allí su última oportunidad.

Descendió también una muchacha.

Tendría unos veintidós años y era muy bonita, endiabladamente bonita. No tenía la opulencia de la secretaria del banquero, por ejemplo, pero todo en ella resultaba más distinguido, más refinado, más selecto. Y no le faltaba nada en ninguna parte, desde luego. Eso se veía.

Quedó unos minutos inmóvil en el estribo del tren, antes de descender, como buscando a alguien con la mirada.

Algunos maleteros la contemplaron.

Y es que la chica tenía de todo. Lo mismo para entusiasmar a un maletero que a un duque.

Vestida con un traje chaqueta gris marengo, zapatos de alto tacón, medias negras y un soberbio bolso de viaje de piel de cocodrilo, hubiera tenido que llamar por fuerza la atención de cualquier hombre.

Sus bonitos ojos azules contrastaban con sus cabellos negros. Esos ojos azules se cerraron un momento cuando no encontraron a la persona que

buscaban.

El periodista con cara de alcoholizado dijo a un compañero que había acudido a recibirle:

—Fíjate...

—¿Ha venido contigo en el tren? ¿Cómo no le has dado conversación?

—Venía en otro departamento. No me he dado cuenta.

—Es un auténtico monumento...

Los dos hombres la envolvían en miradas codiciosas sin que ella pareciese notarlos.

—Lo es, diablos. Tiene la distinción de una maniquí y al mismo tiempo las caderas de una potranca. Y cómo viste... Bueno, si se queda en Imperia ya tendremos ocasión de conocerla.

—Voy a hacerme el enconradizo —dijo el periodista.

En aquel momento la muchacha descendió del estribo y echó a andar por el andén.

Los ojos de los dos hombres parpadearon.

—Lástima —dijo el periodista.

—Lástima... —repitió el otro con los dientes apretados.

La chica cojeaba al andar. Cojeaba bastante, deformándose su cadera a cada paso. Los dos hombres se dieron cuenta ahora de que llevaba medias negras, no por capricho ni por coquetería, sino porque así se disimulaba mejor el leve vendaje que casi cubría una de sus pantorrillas.

En una de las puertas del andén acababa de aparecer un hombre. La muchacha le miró. Sus ojos parpadearon. Por unos segundos se la notó indecisa.

El hombre también vaciló unos momentos. Era de mediana edad e iba irreplicablemente vestido de negro, como un empleado de pompas fúnebres. Pero por su aspecto intelectual más bien parecía un abogado de ricos, un administrador de fortunas o un notario.

Se acercó a la muchacha y le tendió la mano, inclinándose cortésmente cuando ella se la estrechó a su vez.

—Señorita Nora...

—La misma.

—Perdone que no la haya reconocido al instante. He tenido que fiarme de la última fotografía que usted nos envió. Yo soy Giuseppe, el administrador de su señor tío. ¿Ha sido pesado el viaje? ¿Cansada?

Giuseppe hablaba el inglés con la corrección de un nativo. Y, además, sabía darle acento de Brooklyn, lo que tenía indiscutible mérito. La muchacha mantuvo la conversación en el mismo idioma.

—No. El viaje no ha sido pesado. Tomé anoche el avión de la línea Nueva York-Niza, y hace unas horas, desde Niza, he tomado el expreso de Roma. Además, en el avión, viajando en clase "Presidente", se puede dormir con comodidad. Me siento tan fresca como si acabara de

levantarme.

—De todos modos le convendrá descansar durante el día de hoy. He hecho que le prepararan una habitación con vistas al mar, y le servirán el almuerzo sin que tenga que bajar al comedor. Digan lo que digan, viajar en avión no es tan cómodo como viajar en barco.

—¿Ha estado usted en Nueva York?

—Varias veces. He trabajado allí como profesor de idiomas.

—¿Cuántos habla? —preguntó Nora con una sonrisa.

—Siete.

—Es todo un récord.

—No le dé importancia. Los italianos tenemos mucha facilidad para aprender idiomas, ¿sabe? Los necesitamos para sobrevivir. Durante las épocas de guerra nos invaden siempre los ejércitos extranjeros, y durante las épocas de paz, nos invaden los turistas. Yo nací en la Riviera, y siendo niño ya aprendí cuatro lenguas.

Como si temiera haber hecho perder demasiado tiempo a la señorita con sus explicaciones, Giuseppe paseó por el andén una mirada circular, y preguntó:

—¿Y su equipaje?

—Va en el furgón y lo descargarán enseguida. Traigo bastantes bultos. Supongo que ha venido usted en coche.

—¡Oh, las mujeres necesitan docenas de vestidos cuando vienen a la Riviera! Me hago cargo. Precisamente por eso he traído el coche mayor que tenemos. Una rubia “Nash”, donde cabrán todos los baúles. No se preocupe.

Ella elevó una mirada al cielo que se extendía puro y azul por encima de los edificios de la estación.

—Hace un magnífico tiempo en la Riviera. Me lo habían dicho, pero no lo creía. Mejor tiempo que en la Costa Azul.

—Siempre hace aquí buen clima. La Riviera es un paraíso durante todo el año, como Capri o como Málaga. Usted hace mucho que falta de aquí, ¿verdad?

Nora sonrió, haciendo un divertido gesto con la mano.

—¡Huy! Muchos años. Cuando era sólo una niña... bueno, tan niña que apenas había aprendido a hablar, mi tío me envió a los Estados Unidos. Alemania acababa de invadir Polonia, y se sabía que Italia entraría en la guerra de un momento a otro. Quiso evitarme a mí los horrores de la contienda, y por eso me envió a América, con la condición de que debía terminar allí mis estudios.

—Y ahora es usted una encantadora señorita —dijo galantemente Giuseppe—. Si admite el cumplido de un viejo italiano amante de la belleza, le diré que todos los hombres la miran, y yo opino que con razón.

Nora sonrió. Sabía que todos los hombres la miraban porque ahora

estaba parada, como en el estribo del tren, pero que dejarían de mirarla en cuanto anduviese. Sin embargo, esta certidumbre no quitó amplitud a su sonrisa.

—Los italianos son unos exagerados —dijo.

Miró a su alrededor, y entonces se dio cuenta de que uno de los hombres que la estaban contemplando no era un hombre como los otros.

Iba esposado.

Era alto, moreno, con los ojos espantosamente grises. Iba vestido con un traje oscuro que le hacía parecer más delgado y más fuerte. Acababa de descender del furgón correo, y sus manos esposadas llamaban la atención de la gente más que los dos “carabinieri” armados que lo escoltaban. El hombre dirigió a Nora al pasar una suave y triste, una casi imperceptible sonrisa. Luego se perdió por una de las puertas del andén.

Los labios de la muchacha fueron quedando fríos y se cerraron lentamente.

—Le ha entristecido ver a ese hombre... —dijo Giuseppe.

—Siempre es lamentable ver que hay seres que no tienen ni aquello a lo que nosotros damos menos importancia: la libertad.

—No debe sentir lástima de él.

—¿Por qué?

—Es Cesare Riccardi, un pintor que tenía aquí una finca. Mató a su mujer hace dos meses.

—Me parece... horrible.

—Huyó a París, creyendo que allí podría esconderse, pero lo localizaron. Según parece, entonces trató de ocultarse en Niza. Pero, a lo que se ve, allí lo han detenido. Ahora reconstruirán el crimen y desde allí es posible que lo trasladen a Génova.

—Esas cosas aquí... suenan extrañas —musitó Nora—. La verdad es que suenan como cosas de otro planeta.

Giuseppe sonrió.

—La Riviera y los crímenes están reñidos, señorita Nora. Tiene usted razón. No hemos debido hablar de eso.

—Ha sido una casualidad.

Salieron al exterior. Aparcado junto a la estación, había un magnífico “Nash”, tipo furgoneta. Nora lo señaló, previa una indicación de Giuseppe, a los tres maleteros que venían tras ella. El administrador abrió la portezuela y los maleteros empezaron a cargar los bultos.

—¿Está todo? —preguntó el administrador.

—No. Aún falta otro bulto. Tienen que hacer un segundo viaje.

Los maleteros regresaron al interior de la estación y volvieron portando una gran cesta de mimbre que apenas podían levantar entre los tres.

—¿Pero, ¿qué trae ahí? —preguntó Giuseppe—. ¡Cielo santo, eso debe pesar como el plomo! ¿Qué hay ahí dentro?

Nora le miró tranquilamente a los ojos y susurró:

—Un cadáver.

DOS

El automóvil, con sus veinticuatro caballos, remontaba la encrespada montaña como si ésta fuese una planicie.

La carretera estaba bien cuidada, pero era estrecha y tenía muchas curvas. A pesar de los diez grados de pendiente de la ruta, la montaña era tan extensa que daba la sensación de que no se subía. Giuseppe, con voz ronca y un poco turbada, rompió el silencio para decir:

—Aquí hacen falta coches americanos, coches de muchos caballos. Si uno lleva un automóvil pequeño, el motor sufre demasiado en cada una de esas curvas.

—Sí, ya me he fijado. Son diabólicas. ¿Y la casa? ¿No se ve aún? Llevamos mucho rato subiendo.

Giuseppe tenía unas gotitas de sudor entre los ojos. Sus manos casi temblaban al manejar el volante.

—Sí... La veremos dentro de un minuto —tomó otra curva y señaló hacia arriba—. ¿Ve?

Nora miró hacia el punto señalado.

Casi de repente, una casa blanca acababa de aparecer sobre las rocas. Una de sus fachadas miraba al mar, y la otra al bosque. Desde sus terrazas debía distinguirse Imperia y todas las ciudades limítrofes de la Riviera italiana. La casa era enorme, pues debía tener al menos dieciocho habitaciones. En aquel lugar y con los precios cada vez más elevados que imponía el turismo, la finca debía significar una incalculable fortuna.

Y era tan blanca, tan fina y tan delicada como una flor entre las rocas que miraban al mar.

—No la recordaba —musitó Nora—. Salí de aquí cuando tenía... ¿qué debía tener?... Quizá dieciocho meses. Volver a Italia, mi país, es para mí un viaje a lo desconocido.

—Hay pocas fincas tan valiosas en la Riviera, señorita. Y, por suerte, no sufrió durante la guerra. Sólo se alojaron en ella unos oficiales alemanes, y después unos americanos; pero no causaron desperfectos. Su tío ha invertido en ella mucho dinero, además. En el jardín hay esculturas de gran precio, y en los salones podrá ver pinturas dignas de un museo. Se dará cuenta de que es hermoso vivir allí.

Giuseppe hablaba y trataba de dominar sus nervios, pero era peor. Al tomar una nueva curva, estuvo a punto de sacar el coche de la carretera, e ir a parar a los terribles acantilados que se abrían abajo.

Nora ni siquiera se inmutó.

—¿Por qué está nervioso, Giuseppe? —preguntó, mirándole.

—¿Y me lo pregunta?

—¿Es... por eso?

Y señaló el gran cesto de mimbre que, colocado en la parte trasera del coche, casi rozaba la cabeza del administrador.

Giuseppe no se atrevía a respirar.

—Es usted una muchacha extraña, señorita Nora.

—¿Por qué lo dice? Soy una chica normal.

—Perdone, pero...

—No le gusto.

—Yo no puedo permitirme decir eso —susurró Giuseppe—. Tengo un buen empleo aquí y aprecio a su señor tío. Además, si lo dijese, tampoco sería cierto. Al primer golpe de vista me ha parecido usted una muchacha de lo más agradable.

—¿Y ahora?...

—Lo único que digo es que es usted una mujer extraña. Perdone, pero no es como las otras.

—Ha influido mi cojera, ¿verdad? —preguntó ella sin inmutarse—. Usted se ha dado cuenta, de repente, de que camino de una forma extraña y un poco siniestra, como si de pronto fuera a saltar sobre alguien. No quiere reconocerlo, pero si me viera andar durante la noche por el parque de la casa, se asustaría, ¿no es eso?

—Yo soy un hombre mayor. No me asusto.

Ella sonreía de una manera indescifrable.

—Y luego está... eso.

Volvió a señalar con el mentón el gran cesto de mimbre. Giuseppe tuvo un estremecimiento.

—Uno, a veces, se ve obligado a no hacer preguntas —dijo—. Uno trata con personas respetables y ricas, como usted, y no piensa lo que pensaría si tratase con una persona cualquiera.

Ella encendió un cigarrillo y exhaló humo lentamente.

—Quiere decir que si yo no fuese quien soy, es posible que hubiera avisado a la policía, ¿verdad?

—No, no es eso... —el hombre tragó saliva—. Supongo que cuando usted lleva eso ahí, tiene permiso para hacerlo. El bulto ha venido desde Nueva York y ha tenido que pasar por dos Aduanas. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca... Sólo que ha pasado por tres Aduanas, no por dos. En Nueva York, en el aeropuerto, también lo revisaron. Traigo aquí la documentación. ¿Quiere verla?

Giuseppe respiró ahora con más calma.

—Por Dios, señorita...

—Claro, ahora no puede. Está conduciendo. Pero más adelante se la enseñaré para su tranquilidad.

—Yo no le pido nada. Yo soy sólo el administrador. No pido, sino que,

al contrario, deberé entregarles cuentas cuando su señor tío muera.

—¿Están los otros herederos ya ahí?

—Sí. Sus primos Hans y Edward, y su tía, la señora Patrick. Todos esperan el fatal desenlace de un momento a otro.

—Entonces, somos como los cuervos, ¿no?, que esperan el botín. Somos como pájaros negros.

—Por Dios, no hable de pájaros negros...

—¿Por qué?

—Nada. Es un mal recuerdo...

Ahora enfilaban ya una carretera recta que llevaba hacia la casa. Se apreciaba, desde aquella distancia ya menor, toda la magnificencia y esplendor del edificio. A un lado, entre el bosque y los acantilados, las ventanas daban a un campo de golf. Junto al porche blanco había mesas y sillas de metal, y varios parasoles.

—Somos una familia muy internacional —dijo Nora cambiando de conversación—. Repartidos por las cinco partes del mundo, no nos hemos visto nunca. ¿Hans es alemán?

—Sí, señorita. Un sobrino menos directo que usted, desde luego, porque usted lleva incluso el apellido de su señor tío. Usted es Nora Patrick. Hans pertenece a otra línea, pero también le corresponderá alguna parte en la herencia.

—¿Y Edward?

—Es inglés. Profesor en Cambridge, una persona distinguida. Ha venido desde allí expresamente.

Nora echó la cabeza hacia atrás. Llegaban a la casa. Vio dos figuras masculinas y una femenina aguardando en el porche.

Susurró:

—La mujer debe ser mi tía, la señora Patrick, ¿verdad?

—En efecto.

—Parece muy joven...

—Sólo tiene cuarenta años.

Nora entornó los párpados.

—¿Cuándo se casaron?

—Durante la guerra. Yo sé que eran muy felices al principio. Ella tiene... ¿cómo diría?... tiene chic, distinción. Además, es su segunda mujer. Se llevan más de veinte, años.

—Ya.

Llegaron ante la casa, y Giuseppe frenó suavemente el “Nash”. Sobre los rostros de las tres personas que aguardaban, brillaba el sol del mediodía. Nora se dio cuenta de que Hans —no podía ser otro por sus facciones germánicas—, tenía el rostro ancho y un poco brutal; Edward era elegante y distinguido. En cuanto a Susan Patrick, de soltera Susan Lamoreux, era una francesita con una gracia picante y sensual que parecía

olerse a distancia, como un aroma. El administrador había dicho que tenía cuarenta años, pero no aparentaba más de veintitrés o veinticinco. Vestía una pieza ajustada y con forma de túnica, medias claras y zapatos blancos de alto tacón.

Se movió con una gracia inimitable al acercarse al coche.

—Tú eres Nora, por descontado —susurró.

Nora se había fijado atentamente en su figura. Pero al descender del coche chocó con los ojos de la mujer, unos ojos que nada tenían que ver con aquella gracia alada y especial de sus movimientos. Eran unos ojos negros, indiferentes, crueles. No palpitaba en ellos la menor sombra de humanidad.

—Soy Nora —dijo poniéndose en pie.

—Dame un beso.

Las dos mujeres se besaron en las mejillas. Nora se dio cuenta de que Susan Patrick tenía los labios fríos.

—Ven. Te presentaré a Hans y Edward.

Sus dos primos se habían acercado también. Hans, al estrecharle la mano, dio un taconazo, como en una presentación militar. Edward fue más fino, pero también menos disimulado, porque se fijó con demasiada insistencia en los poco graciosos movimientos de Nora.

Después de las presentaciones, entraron en la casa. El vestíbulo era enorme y lujoso, y a él se abrían tres puertas. Edward fue en dirección a una mesita sobre la que había una bandeja de plata y botellas.

—Te prepararé un combinado —dijo a Nora—. Te sentará bien después de un viaje tan largo.

Hans hizo funcionar un tocadiscos.

—¿Te gusta el jazz?

—Antes que nada quisiera ver a tío Patrick —dijo Nora lentamente—. He venido para eso desde Nueva York. ¿Dónde está?

Edward no contestó, y siguió preparando el combinado.

Hans permitió que saltaran al aire las primeras notas de una lenta trompeta de Armstrong.

—Está ahí —susurró Susan indicando una de las puertas.

Nora, arrastrando dificultosamente su pierna, se acercó a ella y la abrió.

Sí, allí estaba tío Patrick.

Sentado en una de las butacas, bien vestido, con una solemne y quieta expresión.

Demasiado solemne y demasiado quieta.

Porque estaba muerto.

TRES

Nora sintió que ponían algo helado en sus dedos. El frío se transmitió por todo su cuerpo, a través de la espina dorsal. Tardó treinta largos segundos en darse cuenta de que Edward había depositado en su mano derecha un vaso mediado de whisky, en el que flotaban como islotes tres grandes cubos de hielo.

La muchacha susurró:

—Está muerto...

—Lo estaba ya hace quince minutos, cuando tú estabas subiendo en el automóvil las primeras curvas de la montaña.

Nora comprendió que necesitaba beber, pero no pudo. De repente, al mirar los cubos de hielo, éstos le parecieron viscosos y repugnantes. Sus dedos se abrieron, y sin que se diera cuenta, el vaso cayó a tierra rompiéndose en cien pedazos.

Sintió a su espalda la presencia de Hans y de Susan Patrick. De pronto, ésta, dejando de ser una esposa joven, se había convertido en una viuda. Por la cabeza de Nora pasó el loco pensamiento de que todo cambiaría cuando ella estuviese vestida de negro.

—Está muerto... —susurró de nuevo.

—Lo esperábamos de un momento a otro —dijo Susan—. Su enfermedad no tenía remedio.

—Pero vosotros lo sabíais al recibirme. Y sin embargo, habéis preparado unos combinados, habéis puesto música de jazz y...

—Él lo dispuso así —dijo Susan.

—¿Qué es lo que dispuso?

—Que todo continuase normalmente cuando él se fuera. Que obrásemos como si no hubiera existido jamás.

—Pero ha existido... —dijo Nora con un soplo de voz—. Existía sólo hace quince minutos, cuando yo empecé a subir la montaña. Ahora nos ve a través de los cristales opacos y a través de las paredes, pero entonces pertenecía a nuestro mundo. ¿Por qué ha muerto así? ¿Por qué está vestido y sentado en esa butaca, como si esperara a alguien?

—Es que en realidad estaba esperando.

—¿A quién?

—A ti.

Nora miró los ojos del muerto. Los ojos del muerto estaban abiertos, y parecían contemplarla a ella. Parecía como si en cualquier instante tío Patrick hubiera de levantarse, andar... sólo para acercarse a ella.

Nora Patrick lanzó de repente un grito y se cubrió el rostro con ambas

manos.

Intentó retroceder, pero su pierna lisiada le falló y cayó pesadamente a tierra.

Hans acudió a levantarla. Pero Nora se dio cuenta de que los ojos del hombre, diabólicamente fijos, estaban posados en sus piernas.

—¿Eres. muy bonita —jadeó—. Nunca creí que fueses... tan perfecta.

La puso en pie.

—¿Qué te ocurre en las piernas? —preguntó Susan.

—Creo haberlo explicado cien veces en las cartas —dijo ella con agrio acento.

—Nosotros... —protestó Susan.

—¡Dios mío, podíais haberos fijado mejor! Comprendo que es desagradable, pero... allí hay un retrato mío.

Todos miraron por encima de los cabellos del muerto hacia la pared del fondo de la sala. Había allí varios retratos enmarcados, ya amarillentos, de los familiares de Patrick. Uno de esos retratos reproducía una niña de unos dieciocho meses, a la que sin duda habían hecho entonces la primera foto sosteniéndose sobre sus propias piernas. Una de esas piernas, la derecha, tenía un aparato de metal sujetando toda la pantorrilla, como los que se usan para algunos atacados de parálisis infantil.

—¿Esa soy yo —dijo—. Tío Patrick mismo me sacó esa foto pocos días antes de enviarme fuera de Italia.

—¡Es que han pasado tantos años! —dijo Susan—. Creímos que eso se había resuelto ya. Tú eras, al fin y al cabo, una muchacha normal de una Universidad norteamericana.

—Soy normal —dijo Nora—, excepto para bailar y correr.

Edward, con expresión reflexiva, murmuró:

—No has debido correr muchos peligros en tu vida.

—¿Por qué?

—¿Es un decir... Temo que los corras. Temo que alguien te persiga alguna vez. Resulta estremecedor pensar... que te alcanzaría enseguida.

Sin saber por qué, los ojos de Nora fueron hacia los ojos del muerto. Aquellas pupilas inmóviles seguían espantosamente fijas en ella. La muchacha percibió un ruido que parecía muy lejano y que, sin embargo, era el castañetear de sus propios dientes.

Edward cerró la puerta.

—¿Pasa al vestíbulo —invitó—. De todos modos te conviene tomar un trago.

Fue hacia la bandeja de las botellas y preparó otro vaso, pero esta vez vertiendo cinco dedos de coñac solo.

—Toma.

Nora bebió. Bebió tan aprisa que sintió el licor como fuego líquido derramándose en sus venas.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias... Mucho mejor.

—Reconozco —dijo Edward— que la situación, así de repente, es como para impresionar a cualquiera.

—¿Por qué lo habéis dejado con los ojos abiertos?

—Él lo pidió.

—¿Lo pidió?... ¿Por qué?

—¿Dijo... Bueno, dijo algo que no tiene sentido. Dijo que quería verte.

Un soplo de aire helado pareció pasar por la habitación.

—¿Y qué... dijo más?

Los músculos del cuello de Nora se movían lenta y espasmódicamente, indicando el esfuerzo que ella tenía, que hacer para mantener el ritmo de la respiración.

Ahora fue Susan la que musitó:

—Dijo que tenías que quedarte a solas con su cadáver. Dijo que tenías que hacer con él... lo mismo que hiciste con aquellos diez pájaros negros.

* * *

Giuseppe, el administrador, entró en aquel mismo momento por la puerta que daba al porche.

Todos miraron hacia allí. Se dieron entonces cuenta de que existía el sol, el aire libre. La atmósfera de pesadilla que parecía haberse formado en la habitación, se disipó sólo en un instante.

La atmósfera, en el interior, era tan pura, que parecía llegar hasta allí incluso el sonido ronco del mar.

Todos respiraron.

Giuseppe carraspeó, un poco confundido.

—Perdón...

—No se preocupe, no nos molesta —dijo Susan—. ¿Qué quiere, Giuseppe?

—Ante todo transmitirle mi más sincero pésame, señora, así como a todos ustedes. Acaba de informarme la doncella del triste acontecimiento. No saben cuánto lamento no haber estado aquí, por si mi presencia era necesaria.

—Gracias, Giuseppe, por su condolencia. En cuanto a los demás, no se preocupe. Como ya dábamos por descontado que esto tenía que ocurrir de un momento a otro, todos los asuntos están en orden. Usted lo sabe.

—Sí, señora.

Giuseppe miró entonces directamente a Nora.

—Señorita Patrick...

—Dígame...

—Acabamos de descargar su equipaje.

—Bien. Muchas gracias.

—¿Nada... más?

Nora comprendió inmediatamente el apuro en que se encontraba el administrador. El suyo no era un equipaje normal. Tan extraños eran los bultos transportados desde Nueva York, que las manos de Giuseppe temblaban y aquellas gotitas de sudor frío seguían brillando entre sus ojos.

—Tenemos una visita —dijo ella, mirándolos a todos—. Una visita realmente inesperada.

Tres rostros se volvieron instantáneamente hacia Nora.

—¿Quién?

—¿No has venido sola?

—No, no he venido sola. ¿Recordáis que tío Patrick, de su primer matrimonio, tuvo una hija?

—Sí... sí que es cierto —dijo Susan con voz algo temblorosa—. Ella estaba estudiando en Nueva York. Pero...

—Pues ha venido.

—¿Y... dónde está?

—Ahí fuera —dijo lentamente Nora—. En una cesta de mimbre. Traigo su cadáver.

CUATRO

El notario Pascoli se apeó de su “Lancia” negro, y atravesó la calzada para penetrar en el edificio donde estaba su despacho.

Era un edificio sólido, antiguo, en una vieja calle de la vieja Imperia. Los turistas, a veces, lo fotografiaban, y muchachas en “shorts” se detenían ante la puerta. Pero dentro, todo olía a humedad, a legajos viejos, a polvo de siglos. Parecía como si las almas de los que, años atrás, habían dictado todos aquellos papeles, flotasen todavía allí. Y al notario Pascoli le gustaba eso.

No había hecho más que entrar en el despacho cuando Tosco, su primer oficial, le dijo:

—Ha muerto el viejo Patrick.

—¿Cómo?

—Todos esperábamos que ocurriera de un momento a otro. Ya sabe que estaba muy enfermo.

—Sí. Lo estaba desde que volvió de su viaje a Egipto. ¡Vaya manía la suya, con casi sesenta años, irse a descubrir nuevas tumbas en el Valle de los Reyes! No me extraña que cogiera alguna enfermedad incurable. Cuando vino aquí, después de tres años de ausencia, parecía una sombra de lo que había sido.

—¿Por qué dice eso? —preguntó suavemente Tosco—. Usted no le conocía. Ni yo. No iba nunca a la playa y bajaba muy pocas veces a Imperia. Se comprende. Con una casa como aquella...

—No diga tonterías. Es siniestra.

—¿Siniestra?...

Pascoli dejó sobre una de las mesas auxiliares su severo sombrero negro.

—Está edificada sobre unas ruinas. Tiene sótanos y lugares que parecen malditos... Bueno, ¿para qué hablar de eso? Digo que el viejo Patrick no parecía el mismo porque dos o tres que lo conocían se extrañaron de verlo tan desmejorado. Ya se sabe. En una ciudad relativamente pequeña, como Imperia, se comentan las cosas de los ricos. Y todos decían que debía haber tenido con alguna enfermedad tropical muy seria.

—No era enfermedad tropical —dijo Tosco—. Yo hablé con el médico que le asistía, ese especialista tan brillante que llegó hace un año a la ciudad. El catedrático de Ravena, ya recuerda... Bueno, según él, era cáncer. Las radiografías, en esos casos, no mienten.

Pascoli desprendió una mota de polvo de su traje inmaculado.

—Bueno, Tosco, tenemos mucho trabajo. ¿A qué estamos hablando de

eso? Siento mucho lo de Patrick, pero todos nos hemos de morir. Vamos a otra cosa, ¿eh?

Tosco le miró fijamente.

—Es que lo de Patrick es importante. Han llamado a la notaría hace un momento desde su villa, comunicando la muerte. Se da el caso de que Patrick tenía el testamento depositado aquí.

—Ya recuerdo... —Pascoli se llevó una mano a la frente, mientras se ponía en pie—. Es imperdonable que no lo haya advertido antes. A ver... Sí, es en el protocolo de 1943. Veamos.

Extrajo de una estantería un grueso tomo donde estaban encuadernados los originales de todas las escrituras hechas en la notaría durante aquel año, el primero de guerra sobre el suelo italiano. Buscó rápidamente.

—Aquí está... Patrick se había casado dos veces. Precisamente la segunda en 1943, poco antes de hacer testamento. Su segunda esposa, según parece, era mucho más joven.

Su rostro reflejaba envidia, a pesar de no ser Patrick ya más que un muerto que para nada podía utilizar una señora tan linda.

—Había una hija del anterior matrimonio —continuó el notario—, a la cual no había visto prácticamente nunca, puesto que la envió a los Estados Unidos poco antes de la guerra. A esa le deja la legítima, o sea muy poca cosa. Había también tres sobrinos: Hans, Edward y Nora.

—Sí —musitó Tosco—, y recuerdo que Nora es la heredera universal.

—En efecto... —el notario repasaba la escritura velozmente—. Ella es la heredera universal, y, en su defecto, lo es la segunda esposa. No ha salido muy beneficiada, que digamos... A los otros dos sobrinos les deja un legado bastante considerable.

Levantó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué han llamado? ¿Tanta prisa tienen todos por formalizar lo del testamento?

—Como los herederos vivían en sitios muy distantes y el viejo Patrick sabía que iba a morir, parece que los hizo llamar —explicó Tosco—. La intención de todos es realizar pronto las formalidades y volver a sus domicilios. En cierto modo, resulta natural, ¿no cree?

—Sí —dijo el notario, aunque siempre le habían disgustado los herederos con prisa.

—La que ha llamado ha sido la viuda.

—Está bien; en tal caso los convocaremos aquí apenas se haya efectuado el entierro —decidió Pascoli—. Se dará lectura al testamento, solicitaremos un certificado del registro de Últimas Voluntades y quedará adjudicada la herencia.

Tosco señaló el libraco en el cual estaba archivado el original del testamento.

—Fíjese en que hay algo más.

—¿Qué?

—La hija del primer matrimonio de Patrick.

—Sí. Es cierto... La muchacha a la que él envió a Nueva York. Debía conocerse con su sobrina Nora, puesto que ambas llegaron a los Estados Unidos más o menos por las mismas fechas, y seguramente se educaron en los mismos colegios. Pero Nora era la preferida, a pesar de todo... Ella quedaba heredera universal, y a la hija sólo le correspondía la legítima. Creo que si la hija quiere podrá impugnar este testamento... Por lo menos habrá que citarla.

—Cuando he dicho que había algo más, no me refería a eso —murmuró Tosco—. Fíjese en el documento siguiente. Es una declaración de la hija hecha legalmente ante el cónsul italiano en Nueva York. Dice que acepta el testamento de su padre y que se compromete a no impugnarlo. Pero asegura que cuando él muera... ella volverá.

—¿Y qué?

Tosco tragó saliva.

Aquello tal vez no tuviera mucho sentido, pero, sin saber por qué, había sentido frío al oír aquella voz.

—Ha telefoneado —susurró.

—¿Y qué?

—Dice que ya está aquí. Que ha vuelto.

CINCO

Fue Edward el que lo dijo:

—¿Te has fijado? Es realmente bonita, pero cuando anda todo cambia en torno suyo. Arrastra una pierna, pero da la sensación... da la sensación de que en verdad se prepara para saltar sobre alguien.

Hans, que era aquél a quien había estado hablando, preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Nada... Sólo que yo me estremecería si oyera unos pies así avanzar por la noche.

—Creí que eras otra clase de hombre.

—Perdona, ha sido una sensación extraña. Pero, yo, ¿sabes?, me fío mucho de las sensaciones que no tienen sentido.

Todos se acercaron a la gran cesta de mimbre que entre dos criados habían puesto en el centro del vestíbulo. Susan, que no había podido resistir la tensión, nerviosa, sollozaba quedamente en un rincón, sin atreverse a probar el coñac previsoramente entregado por Edward.

Nora se dispuso a destapar la caja, que venía cuidadosamente asegurada con tres candados.

—¿Cómo es que no huele? —preguntó brutalmente Hans—. Los muertos no sirven para anunciar agua de colonia, precisamente.

—Si oliese no la habrían dejado transportar —musitó Nora con la mayor calma—. Está embalsamada.

—¿Y quién la ha embalsamado?

—Yo.

Una especie de mano fría pareció posarse en las espaldas de todos los que presenciaban la escena.

—¿Tú? —gimió Susan desde su butaca.

—Sí. Soy médico. Y además, he embalsamado docenas de cadáveres.

—Pero, ¿por qué precisamente... el de ella?

—Porque me lo pidió.

Otra vez sintieron todos aquella mano fría en la espalda, aquella sensación inexplicable que no les dejaba respirar.

—¿Te lo pidió? —preguntó Hans.

—Antes de morir.

—¿Y por qué?

—Porque quería volver. Porque había dicho que volvería.

Se hizo un silencio espeso, un silencio que parecía pesar sobre las cabezas de todos.

Nora levantó la tapa de la enorme cesta, y dentro apareció el cadáver.

El cuerpo estaba plgado, sentado casi, y tenía los ojos abiertos. Al ver aquellos ojos, todos ahogaron un grito de horror.

Daba la sensación de que la muchacha estaba viva. De que en cualquier momento iba a levantarse y a andar.

Hans abrió la puerta tras la que reposaba Patrick y se acercó a la pared del fondo, descolgando uno de los retratos. Este representaba a una joven alta, elegante, paseando por Central Park. Al fondo de la foto se veía flotar entre la niebla los rascacielos de Manhattan.

—Hay un retrato reciente de ella —susurró—. No cabe duda; es la misma. Incluso tiene... los mismos ojos.

—La cara está algo deformada —susurró Edward—. Claro que si hace mucho que murió...

—Precisamente para terminar la cara la he traído aquí —explicó calmamente Nora—. Ella dijo que quería ser enterrada en Italia, pero, aparte de eso, no tuve tiempo para terminar el “trabajo” en Nueva York. Imagino que a nadie le importará que lo concluya en esta casa.

Edward preguntó:

—Perdona, pero yo soy abogado en Londres y me obsesionan las cuestiones legales. ¿Ya estás autorizada para hacer todo esto?

Ella tomó su bolso y extrajo de él un pliego de papeles, que entregó a su primo.

—Toma, aquí está todo. Certificado de defunción, permiso de la muchacha “ante mortem” para ser embalsamada, mi título profesional que me autoriza a ello, permiso de las autoridades sanitarias para sacar el cuerpo del país y los correspondientes visados de las Aduanas. Supongo que lo encontrarás todo en orden.

Edward apenas dirigió una mirada a aquellos papeles, que, en realidad, parecían marearle.

—Sí, claro, supongo que todo está en regla —balbució—. Desde el momento que has transportado el cuerpo en un avión de pasajeros, ya no tenía ni que haberseme ocurrido esa pregunta.

Susan, en su rincón, se atrevió a beber un sorbo de coñac y levantó la cabeza.

—Parece como si de pronto hubiera entrado una pesadilla en esta casa —susurró—. Una casa que mira al mar, que está bañada por el sol y que, sin embargo, parece una tumba... Tú debes estar loca, Nora. ¿Dónde piensas tener el cadáver?

—En mi habitación —contestó Nora con toda naturalidad.

—¿En tu qué...?

Susan apenas había conseguido hablar.

—¿No será una habitación con dos camas? —preguntó, como quien pregunta si habrá agua caliente en su habitación de hotel.

—Sí. Podemos darte una habitación con dos camas... —balbució Susan.

—Pues entonces yo dormiré en una de ellas y tendré el cadáver en la otra.

—¿Cómo?

Hasta Hans, el de las facciones brutales, se había puesto pálido.

—Necesito tenerla cerca para trabajar —explicó Nora—. Pero no os preocupéis, no os molestará apenas. Cuando estos trabajos están casi terminados, ya no producen ninguna clase de mal olor —añadió con naturalidad—. Si puedo, mañana mismo estaré en situación de pedir permiso a las autoridades italianas para enterrarla.

—¿Y pasará una noche entera... junto al cadáver? —preguntó Giuseppe con un soplo de voz.

—¿Por qué no? Isabella —señaló con el mentón a la muerta— fue mi mejor amiga.

—Sí, ya comprendo... —dijo Susan—. Pero...

—Los muertos no molestan a nadie —contestó Nora, cortando la conversación—. Y ahora, ¿no podéis enseñarme mi cuarto?

Susan alzó la cabeza de nuevo.

—Giuseppe... ¿quiere hacer el favor de llamar al mayordomo?

—Acaban de decirme que ha ido a Imperia, señora, para ultimar algunos trámites. Si no le importa, yo mismo mostraré la habitación a la señorita. Había pensado que podríamos darle una de las que están orientadas al mar.

—De acuerdo.

Giuseppe se encaminó hacia las escaleras.

—¿Me sigue, señorita?

—No sé si es una señorita o un vampiro —dijo secamente Edward.

Y miró las bonitas piernas de la muchacha, una de las cuales se arrastraba lentamente, muy lentamente, al andar, como si se estuviese preparando para saltar sobre alguien.

* * *

La habitación era muy grande, muy hermosa, y estaba orientada al mar, que se divisaba en la lejanía, más allá de las montañas de pinos.

Contaba con una pequeña antesala y un cuarto de baño. Era mejor que una “suite” de un hotel de lujo.

Había dos camas.

—Supongo que entre la servidumbre habrá alguien a quien no le importe transportar hasta aquí el cadáver —dijo Nora con la mayor naturalidad.

Giuseppe se estremeció.

—La caja ya está cerrada, señorita —musitó—. La haremos subir hasta aquí, pero supongo que será mejor no decir a nadie lo que hay dentro.

—Como quiera.

Nora encendió un cigarrillo.

—¿Me ayudará usted a colocar el cuerpo sobre esa cama?

—Como... quiera.

—Gracias.

Giuseppe se fijó entonces en un detalle que no tenía importancia de día, pero sí de noche.

—Me permito recordarle... —susurró—, me permito recordarle que sobre esa cama, durante las noches, da la luna llena.

—¿Y qué?

—Verá... Si usted se despierta y mira hacia ahí... Le aconsejo que ponga el cuerpo en la otra cama.

Nora le miró como si no comprendiese.

—¿Por qué lo dice? Yo soy médico, y sé que un cuerpo muerto no es más que un conglomerado de células en descomposición. Y un cuerpo embalsamado tiene algo de artístico, algo de escultura que hay que modelar. Lo que usted dice me puede ser útil, porque veré los efectos del rostro de Isabella a la luz de la luna llena.

—De... de acuerdo.

Y salió al gran corredor que llevaba hasta las escaleras. Ese corredor era artesonado, de estilo antiguo, y su decoración presentaba detalles de una gran riqueza. Una de sus paredes estaba ocupada por una gran galería de cuadros que representaban a miembros de la familia. Los Patrick, en su rama italiana y en su rama inglesa, eran un clan cuyo origen se remontaba a la Edad Media.

Sobre la pared se marcaba la mancha oscura dejada por un cuadro que ya no estaba en su sitio.

Nora se fijó en aquel detalle,

—¿Qué había aquí? —preguntó a Giuseppe.

—Un cuadro como los otros.

—Eso ya lo veo. Quiero decir que a quién representaba. Usted, como administrador, debe saberlo.

—Lo ignoro, señorita. Cuando yo entré al servicio de la casa, el cuadro ya no estaba aquí. En el inventario que hice al empezar mi administración, ya no figura.

—¿Y en los anteriores?

—No he hallado ninguna relación anterior. Todos esos detalles se descuidaron mucho durante años, y hubo documentos que se perdieron durante la guerra.

—¿Pero no creo que llegara a perderse un cuadro. Además, ése debía ser muy valioso.

—Seguramente, señorita.

—¿Sabe, al menos, qué ocurrió con él?

—Creo que lo robaron.

—¿Cuándo?

—Desde luego, antes de llegar yo a la casa. Y puedo asegurarle que ningún sirviente lo recuerda. Todos, más o menos, somos de la misma época.

—¿Hay denuncia presentada?

A Giuseppe le irritaban todas aquellas preguntas, que parecían encerrar una sospecha, pero contestó cortésmente.

—Lo ignoro, señorita, pero supongo que sí. Puedo averiguarlo, si quiere, en la policía de Imperia.

Nora sonrió levemente. Tenía una expresión rara al sonreír. Le cambiaba la cara.

—No es necesario, gracias —dijo—. No estaría bien que le molestase con tantas averiguaciones, Giuseppe.

Y descendió las escaleras, lentamente.

SEIS

La luna no se había elevado aún sobre el horizonte. Espesos nubarrones cubrían todo el firmamento.

Nora contempló el cadáver de Isabella Patrick, que reposaba en el lecho situado junto a la ventana.

Una lámpara lejana, situada junto a la puerta, enviaba una difusa claridad sobre el cuerpo yacente. Edward, Hans y Susan, la viuda de Patrick, lo contemplaron.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de algo en que no habían reparado hasta entonces. Edward lo notó.

—¿Qué le sucede a esa muchacha? —preguntó.

—¿Dónde?

—En su mano derecha.

Todos inclinaron un poco la cabeza, acercándose más. Vieron entonces, a pesar de la escasa luz, que el cadáver sólo tenía tres dedos en la mano derecha.

—¿Es que... sufrió una mutilación? —preguntó Hans.

Nora pareció no dar la menor importancia a la pregunta.

—¡Oh, no! Eso es de nacimiento. Fíjate bien en la mano.

La levantó y la mostró con absoluta tranquilidad, como el que enseña una pieza de relojería.

—Date cuenta de que hay una atrofia de dos dedos, el corazón y el anular. Esa atrofia es de nacimiento. Una casualidad desdichada como otra cualquiera. Una casualidad como... la del que nace cojo.

—Tú has debido acostumbrarte ya —musitó Susan—. Sufres parálisis infantil desde tus primeros años. Aquel retrato lo demuestra.

—Sí, me he acostumbrado —dijo en voz baja Nora—. Sólo lo notaría si algún día tuviese que correr. Si alguien me persiguiera... no sé lo que haría.

—No es fácil que nadie te persiga —murmuró Susan.

—Eso espero.

—¿Por qué tenía Isabella tanto interés en volver aquí? —preguntó Hans—. ¿Por qué no ha querido descansar en los Estados Unidos?

—No lo sé... Todos nos llevamos a la tumba nuestro propio secreto. Ella dijo que quería ver de nuevo esta casa.

—¿Verla... después de muerta?

—No sé. Eso dijo.

—No hablemos de eso —murmuró Susan—. Todo lo que ha sucedido es... horrible.

Pero Hans insistió:

—¿Dijo algo más?

—Sí. Que quería recorrer la casa.

—No lo entiendo. No tiene sentido —murmuró Edward—. Si yo no fuese un hombre realista, diría que todos estamos viviendo una pesadilla. Que soñamos sin darnos cuenta.

Pero a pesar de aquellas palabras, Hans volvió a insistir:

—¿Dijo algo más?

Norma susurró:

—¿Hay en esta casa algún libro donde firman los visitantes de honor?

Todos se miraron, palideciendo.

—Sí, hay uno —dijo Susan—. Un libro de gran valor que se conserva desde hace dos siglos. Están en él las firmas de Víctor Hugo, de Garibaldi, de Verdi y de Debussy... También firmó el cardenal Aquiles Satti antes de ser elegido Papa. Durante la guerra, firmaron varios generales alemanes, entre ellos Rommel, y varios aliados, entre ellos Patton. Realmente es un libro que no tiene precio.

—¿Dónde se conserva?

—En el pasillo superior, cerca de los cuadros.

—¿Podemos verlo?

—Claro que sí.

Salieron todos, y casi exactamente debajo del hueco dejado por el cuadro robado vieron una vitrina de cristal y plata. Antes no se había fijado Nora en ella por haberle llamado más la atención el hueco del cuadro. Ahora vieron todos que la vitrina contenía un viejo libro de hojas de pergamino y tapas de sólido cuero repujadas en oro. El libro estaba abierto por la hoja de la última firma, que era la del político De Gasperi, ya fallecido entonces.

—Es este —dijo Susan.

—¿Por qué tenías tanto interés en verlo? —preguntó Hans—¿Qué ocurre con ese libro?

Norma respondió con un hilo de voz:

—Isabella me pidió... que la trajese aquí... para que le fuera posible firmar en él.

* * *

La cena era lenta, pesada, solemne. Todo el mundo se miraba sin probar bocado, como si temiesen que los platos contuvieran veneno.

Nadie parecía tener ni el menor asomo de apetito.

Fue Edward el primero en decirlo:

—Nada... Es inútil. ¿Por qué nos empeñamos en cenar? Todo esto es absurdo, pero he de reconocer que nos tiene impresionados. Me parece un

suplicio estar quieto aquí. Más vale que dejemos esta estúpida comedia, si nadie tiene ganas de probar bocado.

Nora se mostró acorde.

—Es cierto. No tengo el menor apetito. Sólo tomaría una taza de café.

Y miró a Susan, como pidiéndole que ella confirmase su opinión.

Esta la miraba también.

—Tú eres la dueña de la casa —dijo—, o sea que a ti te corresponde disponer. El testamento de tu tío Patrick te constituye en heredera universal suya.

—¿A mí?

Nora parecía sentir un asombro sin límites.

—¿No lo sabías? —preguntó Susan.

—No. Ni lo imaginaba siquiera.

—Tú eras su sobrina predilecta.

—Pero no nos habíamos visto hace años, muchos años... Además, tú eras su esposa.

—Sólo su segunda esposa.

—Sin embargo, debió quererte mucho. Eras más joven que él... y muy bonita.

—Quizá esas cosas no importen cuando una vea venir la muerte. Sí... —dijo reflexivamente Susan—, eso debió ser.

—¿Cuándo os casasteis?

—En 1943, durante la guerra. Yo era una refugiada francesa. Había sufrido mucho.

—Debías ser una chiquilla.

—Sí... Lo era. Poco más o menos, veinte años.

—¿Fuisteis felices?

—Nadie podía ser del todo feliz en aquella época —murmuró Susan—, porque Italia estaba dominada por el terror. En el norte, la República Social Italiana, dirigida por Mussolini y apoyada por los alemanes. En el sur, Badoglio, el rey Víctor Manuel, el Octavo Ejército de Montgomery y el Quinto Ejército Blindado del norteamericano Patton. Parecía como si Italia entera tuviese que ir a saltar en pedazos. No, no fuimos todo lo felices que hubiéramos sido en tiempo de paz; pero nunca me quejé. Tío Patrick era una persona muy comprensiva y amable.

—¿Fue entonces cuando dictó su testamento?

—Sí. Creo que fue entonces...

—Tú lo conocías, puesto que sabes que soy la heredera.

—Él mismo me lo dijo. Sentía lástima de ti, a causa de tu cojera. Suponía que no podrías defenderte en la vida a pesar de tus estudios, que serías... una desdichada. Por eso quería convertirme, al menos, en una mujer rica. Me pidió perdón y me suplicó que le comprendiera. A mí me dejaba también, al fin y al cabo, una fortuna bastante considerable. Y si tú

morías, la heredera universal iba a ser yo.

Hubo un momento de silencio, pues todos se dieron cuenta —incluso Giuseppe, que se sentaba con ellos a la mesa— que entre las dos mujeres mediaba una importante diferencia, que tenían motivos más que sobrados para ser enemigas.

Pero Nora resolvió la situación con la mayor naturalidad, preguntando mientras sonreía:

—¿Perdonaste a tío Patrick? ¿Tuviste corazón suficiente para comprenderlo?

—Sí. Nunca discutimos a causa de eso. Piensa que yo no me había casado con él por interés, sino porque era una persona agradable y porque yo era una refugiada sin hogar.

—¿Nunca volviste a Francia, después de la guerra?

—No... Iba a hacerlo, pero a tu tío Patrick le gustaba cada vez menos salir de aquí y, naturalmente, no iba a marcharme sola. De pronto, inesperadamente, se le ocurrió lo de su viaje a Egipto.

—¿Qué fue eso?

—Una manía como, otra cualquiera... De pronto quiso conocer la civilización egipcia, que consideraba la más notable del mundo. Yo le dije que los egipcios eran, sencillamente, unos enterradores, unos hombres de aspecto funerario que vivían siempre pensando en sus muertos. Pero era eso precisamente lo que más parecía atraerle. Estuvo tres años viajando completamente solo y vagabundeando por el Valle de los Reyes. Cuando volvió, no parecía el mismo. A mí os confieso que me costó incluso trabajo reconocerle. Sus ojos parecían haber descubierto un secreto horrible, y en su cerebro había algo que le trastornaba. Desde aquel momento ya no volvió a ser un hombre normal, ya no recuperó la salud nunca.

—¿Intentó modificar el testamento?

Susan cerró un momento los ojos, como si intentase recordar y ello le costara esfuerzo.

—Más que intentar modificarlo, lo que hizo fue hablar con el notario. Recuerdo que bajamos un día a Imperia y hablamos con él. Se llamaba Pascoli. Éste le vio un poco trastornado, seguramente, y le aconsejó que volviera otro día, con más calma, para hablar del asunto. Ya sabéis que los notarios no autorizan ninguna escritura si no están completamente seguros de la capacidad mental de la persona que la otorga. Y como en aquel caso debía tener sus dudas, zanjó la cuestión dejando el asunto para más adelante. Lo comprendo porque Patrick vacilaba incluso al hablar y estaba muy extraño, como si perteneciese a otro mundo. Ya no volvió a casa del notario y creo que sólo bajó un par de veces a Imperia, para visitarse con el médico.

Después de esta explicación hubo otro momento de silencio, que Hans rompió para decir:

—Como hemos sido citados precisamente a causa del testamento, convendrá que terminemos cuanto antes mejor. ¿Alguien se ha preocupado de llamar a Pascoli, ese notario, para que resuelva el asunto de la herencia?

—Lo he hecho yo —dijo Giuseppe, despegando los labios por primera vez.

—¿Y qué?

—Al día siguiente del entierro del señor podemos reunirnos allí, o sea, pasado mañana.

—¿No puede ser antes?

—Comprenda que es imposible —dijo Giuseppe—. Hágase cargo. Si se adjudicasen la herencia sin dar ni siquiera sepultura al cadáver... Bastante mal efecto hemos causado ya al notario Pascoli.

Hans exclamó brutalmente:

—¡Que se vaya al...!

En aquel momento, como una muda respuesta a sus palabras, el teléfono las cortó sonando insistentemente.

Una doncella se puso al habla y luego llevó el aparato portátil hasta la mesa.

—Para usted, señora —dijo a Susan.

—¿Quién es?

—Un oficial del notario Pascoli.

Susan tomó el aparato.

—*Alló...*

—Perdón, señora Patrick. Me llamo Tosco, para servirla. Soy uno de los oficiales de la notaría Pascoli. Quisiera hablarle acerca del testamento de su difunto esposo.

—Gracias por su atención. ¿Qué ocurre?

—Es referente a la hija del primer matrimonio del difunto. La llamada Isabella Patrick... Cuando vengán, pasado mañana, no olviden traer un certificado de defunción. Y tienen que hacerlo legalizar, si la muerte ocurrió en Estados Unidos.

Susan se mordió el labio inferior.

—¡Cuántas complicaciones! ¿Por qué?

—Es necesario, señora. Absolutamente necesario.

—Lo dice usted de una manera que... En fin... Parece como si su vida dependiese de ello.

—¿Es que ha ocurrido una cosa muy extraña, señora.

La voz de Tosco temblaba ligeramente.

—¿Qué ha ocurrido? Dígalo...

—No sé si debo explicarlo, pero a ustedes les interesa... Nos ha telefoneado Isabella Patrick.

—¿Que les ha telefoneado... Isabella Patrick? —las palabras de Susan

fueron en realidad un grito angustioso que oyeron todos—. ¿Y... qué les ha dicho?

—Nos ha dicho que comparecerá pasado mañana... para la lectura del testamento.

* * *

Susan colgó el teléfono. Una palidez mortal se había extendido sobre su rostro.

Fue un mismo movimiento instintivo el que tuvieron todos. Como locos, como poseídos por el demonio, subieron la escalera hasta el primer piso. Entraron en tromba en el dormitorio de dos camas donde reposaba el cadáver.

Todos lanzaron un mismo aullido, un aullido salvaje que pareció no brotar de gargantas humanas.

¡Porque el cadáver no estaba allí! ¡No estaba allí!...

SIETE

Gruesas gotas de sudor surcaron los rostros de todos los que estaban en la habitación. Por unos momentos incluso sus rostros se parecieron, porque todos eran como una misma máscara de estupor y de espanto.

Estaban allí Susan, Hans, Edward, Giuseppe y Nora, es decir, todos los que minutos antes se hallaban sentados a la mesa.

Fue Hans el primero en reaccionar.

—¡No puede ser! —maulló, presa de una crisis nerviosa—. ¡Es absurdo! ¡Ella estaba aquí! ¡Y estaba muerta!

Como un histérico, comenzó a abrir todos los armarios y a vaciarlos, arrojando al suelo brutalmente los vestidos de Nora, pues ésta ya había deshecho sus maletas. Luego, resoplando como un caballo a punto de reventar, entró en el cuarto de baño. Lanzó un grito gutural de triunfo al ver que la cortinilla de la ducha estaba corrida y parecía haber alguien tras ella. Se lanzó de golpe, quedó colgado de la cortinilla, abrazándola como un poseso, y la rompió. Pero detrás no había nadie. Hans quedó sentado en la bañera, jadeando y llorando al mismo tiempo. Su postura era cómica, pero la situación resultaba tan inexplicable y tan trágica que nadie sentía el menor deseo de echarse a reír.

—No está... —sollozó Hans—. ¡No está aquí!...

—Lo raro hubiera sido que estuviese —dijo Nora con voz temblorosa—. Un muerto no puede moverse.

—Un momento —dijo Edward.

Volvió al interior del dormitorio y volcó las dos camas violentamente, dejando al descubierto lo que había debajo. Y, naturalmente, debajo no había nada, excepto las ricas y amplias baldosas de mármol romano.

Nora lanzó un suspiro.

—Señores, ya han despanzurrado ustedes todo el dormitorio. Creo que el capítulo de absurdos ha terminado.

—¿Qué quieres decir? —rugió Hans.

—Que parecemos niños asustados por las brujas. Edward, un serio profesor inglés, volcando camas, y tú, un orgulloso alemán, abrazándote a la cortinilla de la ducha... Creo que ya hemos hecho bastante el ridículo. Así no conseguiremos nada.

—¿Qué sugieres, pues?

—Que hagamos trabajar el cerebro.

—¿Ah, sí? —preguntó burlonamente Hans—. ¿Y qué es lo que sugiere tu burlona inteligencia?

—Alguien ha ocultado el cadáver.

Hablaban rápidamente. Sus palabras parecían disparos de escopeta.

—¿Quién? —preguntó Hans.

—No lo sé, pero supongo que cualquiera de nosotros. Y lo que habrá que ver es quién ha tenido ocasión de hacerlo.

—Supongo que todos la hemos tenido —musitó Susan, tratando de serenarse—. Todos...

—¿Cuándo?

—Al arreglarnos para la cena. Ninguno ha dejado de ir a su dormitorio a solas. Tú, Nora, has estado aquí...

—Sí. Y el cuerpo también estaba.

—¿Nadie ha entrado?

—Nadie.

—¿Has dejado el dormitorio a solas algunos minutos?

—Pues, sí... Bastantes. Después de ducharme y cambiarme para la cena, no he vuelto a entrar aquí.

—¿Esto no tiene sentido —gritó Edward—. ¡No tiene sentido, pero hemos de encontrarlo! ¡En todo, hasta lo más absurdo, tiene que haber lógica!

—Olvídense de que es un profesor —dijo Giuseppe—. Si la propia Isabella telefoneó al notario...

—¡Cállese! —gritó Hans—. ¡Nos va a hacer perder la razón a todos! ¡Cállese de una vez!

El administrador estaba blanco como el papel. Debía tener miedo, pero intentaba dominarse. Se notaban sus terribles esfuerzos por mantener la serenidad.

—De todos modos, más vale que no la busquen —dijo—. ¿Por qué no vienen conmigo? Al subir, yo me he fijado en algo.

—¿En qué?

—Vengan... por favor.

Todos fueron silenciosamente hacia el pasillo, donde estaba la urna con el libro. Y allí vieron algo.

Primero gritó la propia Nora.

Luego Susan.

Por fin, incluso los hombres.

Porque sobre la hoja del libro alguien había impreso su mano manchada de tinta. Una mano que tenía... ¡solamente tres dedos!

OCHO

Hans, presa de un ataque de nervios, rompió el cristal de la urna. Su violencia se puso de manifiesto ahora, cuando las cosas no marchaban ni él las entendía. Sus manos fueron a tocar el libro a través de los cristales astillados, pero en el último momento no se atrevieron. Aquella marca impresa allí le dilatava de horror los ojos.

Fue Nora la primera que se serenó. Por sus mandíbulas tensas fue visible el terrible esfuerzo que tuvo que hacer para ello.

—¿Cuándo vio esto, Giuseppe? —preguntó.

—Al subir. Lo vi antes de que todos entráramos en el dormitorio.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque me negaba a creer lo que mis propios ojos estaban viendo. Porque aún creí que el cadáver estaba dentro y que al fin y al cabo todo iba a ser una pesadilla.

Susan balbució:

—Puede que sea una pesadilla... pero resulta terriblemente real.

Todos se miraron confusos, como si los unos buscaran ayuda en los ojos de los otros.

—Creo que después de esto sólo hay una cosa que hacer —dijo Susan.

—¿Cuál?

—Avisar a la policía.

Giuseppe rió con una risa desagradable y ronca, que de pronto transformó su rostro.

—¿La policía? ¿Para qué? No se ha cometido ningún crimen.

—Pero ocurren cosas inexplicables, cosas que nosotros solos no podemos resolver.

—Los “carabinieri” se tomarán esto a broma, cuando al fin se decidan a venir desde Imperia. Lo único que conseguiremos es que revuelvan toda la casa. Y, probablemente, que venga también algún periodista y esto se sepa en toda Italia.

Susan pareció reflexionar velozmente.

—No me gustaría eso... No, decididamente, no. Más valdrá que hable en Imperia con el comisario Andolfo, que es amigo mío. Él llevará las cosas con discreción.

—Pues vamos enseguida —musitó Edward—. Sólo en media hora podemos plantarnos en Imperia.

—El comisario Andolfo no llegará hasta mañana —susurró pensativamente Susan—. Recibí ayer una postal suya desde Roma. Testimoniaba su preocupación por la enfermedad de mi esposo y decía que

pasaría a saludarnos mañana. Si no está él, prefiero no hablar con ningún otro policía. Puede ocurrir muy bien lo que Giuseppe dice.

—Pero no podemos pasar toda la noche así... —musitó Edward.

—¿Por qué no? Que cada uno se encierre en su habitación y no salga de allí bajo ningún pretexto... Cada habitación tiene su llave. ¿Qué puede ocurrir hasta mañana?

Todos hicieron un gesto de conformidad. Nora fue la única que dijo:

—¿Yo no quiero estar encerrada. No puedo, mejor dicho. Tengo trabajo para toda la noche.

—¿Qué clase de trabajo?

—¿He de encontrar el cuerpo de Isabella sea como sea. Yo lo traje desde Nueva York. Me siento responsable de lo que ha ocurrido.

—¿Puede buscarlo mañana, con más luz —dijo Giuseppe.

—¿No es eso sólo. Además tengo que hacer lo de tío Patrick.

Por los ojos de todos pasó como un temblor, como una mancha.

—¿Qué es lo de tío Patrick?

—Vosotros mismos lo dijisteis. Tenía que hacer con él lo de los diez pájaros negros.

Otra vez pasó como una mancha por los ojos inmóviles de todos los que la escuchaban.

—¿Qué fue lo de los diez pájaros negros? —preguntó Edward.

—Unas bonitas especies de cuervos americanos. Se los envié como regalo a tío Patrick hace bastantes años.

—¿Embalsamados?

—Sí.

Todos lanzaron un suspiro, como si la pesadilla se hubiera ido disipando en parte.

—Tienes un oficio muy poco femenino —gruñó Hans—. Sólo por curiosidad: ¿en qué infiernos pensabas emplearte luego?

—Además de médico forense podía ser conservadora de un Museo de Historia Natural. Son profesiones muy bien pagados en los Estados Unidos.

—¿Y aprendiste embalsamando pájaros?

—Soy autora de un libro sobre esa especialidad.

Giuseppe tragó saliva lentamente, mientras intentaba comprender.

—¿Debo entender que su señor tío deseaba que embalsamara también su cuerpo?

—Naturalmente —dijo ella, sin inmutarse.

—Pero ¿no es esa una terrible falta de respeto? —preguntó el administrador—¿Por qué usted precisamente?

—Él no me había visto prácticamente nunca —explicó Nora—, ni yo a él. Su cuerpo me es tan desconocido como el de la persona más extraña del mundo. Y esas normas de respeto de que usted habla no tienen ninguna importancia en Medicina.

—¿Dónde están esos pájaros negros? —preguntó Edward, mirando a Susan.

—¿Creo que... en los sótanos. Patrick siempre guardaba esas cosas en una gran habitación que tenía allí, y que era como una especie de museo. Yo sólo he visto esos pájaros un par de veces, pero creo que están allí.

Edward tenía apretadas las mandíbulas.

—¿De veras vas a hacer eso?

—Es el último deseo de un muerto. Susan misma me lo ha dicho: él lo pidió.

—Pero ¿qué le podía importar a él que su cuerpo fuera embalsamado?

—Si decís eso es que no conocíais a tío Patrick. Si él fue a Egipto era precisamente por lo mucho, que admiraba el arte funerario de los antiguos faraones, su modo de conservar los cuerpos por toda la eternidad. Aunque tío Patrick era creyente, debía darle miedo esa extraña nada, ese vacío horrible en que se hunden los cuerpos después de la muerte. Por eso quiso conservar el suyo. Sabía que yo lo cuidaría como una cosa viva, como algo que tuviera sentimientos aún.

Estas palabras parecieren dejar a todos con más sensación de pesadilla de la que ya experimentaban.

—¿Y no podrá hacer eso de día? —preguntó Giuseppe.

—Supongo que todos tienen prisa por salir de aquí, ¿verdad? —repuso la muchacha.

—Sí... sí, claro.

—No tienen idea de lo que significa embalsamar un cadáver. Si quieren darle sepultura mañana, o pasado a primera hora, tengo que trabajar durante toda la noche.

—¿Y el instrumental?

—Lo llevo siempre conmigo. Sólo necesito un sitio adecuado.

—El sótano —dijo rápidamente Susan.

—¿No son los sótanos de esta casa muy viejos y enormes? ¿No está edificada sobre unas antiguas ruinas?

—Sí, pero están limpios y tienen luz. Es el único sitio de la casa donde puedes trabajar tranquilamente... en eso.

—De acuerdo —dijo Nora.

—¿Y no tiene miedo a que...? —susurró Giuseppe—. Bueno, quiero decir que esa huella de la mano en el libro ha tenido que ponerla... ¡ejem!... ha tenido que ser de...

—¿Quiere decir si tengo miedo a Isabella? —musitó Norma—. No... ¿cómo iba a tener miedo a la que ha sido mi amiga durante toda la vida? ¿Qué daño puede causarme?

—Los muertos no tienen amigos —dijo temblorosamente Susan.

—Precisamente estando muerta no puede causarme ningún daño.

—Pero... ha desaparecido.

Nora no contestó. Una tempestad de pensamientos parecía atravesar por su cerebro, aunque no se atrevía a manifestarlos. Edward susurró entonces:

—¿Quieres que te haga compañía?

—¿Dónde?

—En el sótano, naturalmente.

—Gracias, pero no necesito a nadie.

—Desconfías, ¿verdad?

—¿No es eso. Es que...

—Tienes razón —reconoció Edward—. Aquí hay algo que no marcha, y en ese algo está complicado uno de nosotros. Podría ser yo, por ejemplo, y entonces, en el sótano, estarías a mi merced. ¿No es eso lo que has querido decir, Norma?

Ella guardó silencio. Sus ojos quietos y profundos les miraban a los cuatro.

—Yo puedo montar guardia sin entrar allí —dijo Hans.

Nora lo miró con más atención. Hans, en realidad, era un chiquillo. Resultaba ser muy joven si uno se fijaba con atención en él. Las facciones brutales le daban en principio un aspecto de hombre mayor, pero esas facciones eran una máscara.

—Gracias —musitó—. Prefiero que nadie se preocupe por mí.

—Y estarás a solas con el cadáver... —dijo Edward con voz ronca—. ¿Sabes lo que pienso? Que eres una especie de vampiro. Ahora toma todo su significado esa pierna que arrastras al andar. Todo se transforma cuando andas, muchacha. Eres... siniestra.

Ella sonrió secamente.

—¿Me ayudarás a bajar el cadáver?

—¡Cállate!

—No es necesario molestar a nadie —dijo Susan con un soplo de voz—. Hay un ascensor que lleva directamente a los sótanos. Patrick puede ser bajado en él. Dos sirvientes ayudarán.

—De ningún modo —dijo Edward—. Ayudaremos nosotros. Al fin y al cabo va a dejarnos una parte de la herencia, ¿no? Pues es justo que nos la ganemos con algún trabajo.

Descendieron a la planta baja, abriendo Hans la puerta tras la que reposaba el cadáver. Este seguía sentado en la butaca, con los ojos abiertos. Pareció mirar fijamente a Nora cuando ésta entró.

—¿Y el ascensor? —preguntó la muchacha.

—Está allí, disimulado tras aquella librería.

Susan movió un resorte, y una estantería giró dejando ver la entrada metálica de un montacargas. Entre Hans y Edward alzaron la butaca con cuidado y la depositaron allí.

Quedaba justo espacio para la butaca, el cadáver y una persona más.

Sólo una persona.

Todos miraron a Nora con ojos vidriosos. Y Nora, lentamente, entró.

—Es el botón rojo —¿musitó Susan.

—Al llegar abajo, arrastras el sillón hasta sacarlo del montacargas —pidió Hans—. Luego Edward y yo te ayudaremos a colocar el cuerpo sobre alguna mesa. Bajaremos enseguida.

—Bien.

Nora cerró la puerta y oprimió el botón rojo. El ascensor empezó a descender por una especie de pozo pintado de rojo, haciendo más estremecedora la proximidad del cadáver. Este parecía estremecerse a cada vibración del ascensor. Su cabeza cayó a un lado.

Gruesas gotas de un sudor helado resbalaban por las facciones de Nora.

El ascensor se detuvo con un chirrido.

Nora abrió la puerta.

Ante ella se extendía un sótano enorme, hecho de viejas bóvedas, pero con suelo de cemento y luz de neón. El sótano, a pesar de su inmensidad, tenía un aspecto frío y aséptico, como de depósito de cadáveres. Las luces de neón, una cada tres metros, parecían perderse en el infinito.

Cerca del ascensor había una gran mesa de roble que podía servir para lo que Nora necesitaba. En una de las paredes, estanterías con viejas armas, trofeos de caza embalsamados y diez pájaros negros puestos en fila. Nora los recordaba.

Los contempló fijamente.

Los ojos inmóviles de los diez pájaros también parecían mirarla. Diríase que la aguardaban allí, en un extraño y quieto silencio de siglos.

Más allá de la masa había una piscina en cuyas aguas flotaban peces. Un buen lugar para criar algunas especies, pensó Nora. Pero en aquellas aguas negras y a las que no había llegado nunca el sol, flotaban enormes y repulsivos ejemplares de peces fosforescentes.



Nora contempló los extraños peces fosforescentes

Como entendida en ciencias, Nora sabía que aquellos ejemplares tenían un gran valor, pero daban a la vez frío y asco.

Nora oyó un crujido a su espalda.

Se volvió, ahogando un grito.

Pero no era nada. La cabeza del muerto había oscilado un poco más,

con un leve crujido de huesos.

Dominándose, arrastrando su pierna lentamente, Nora fue hacia el sillón y lo sacó a rastras del montacargas. Obraba con exquisito cuidado, para que el cadáver no cayese encima de ella. Cuando lo tuvo fuera del ascensor, cerró la puerta de nuevo. El aparato volvió a subir con un chasquido.

Un minuto después, Hans y Edward estaban allí, descendiendo en el montacargas.

—¿Y vas a quedarte aquí? —preguntó Hans, dirigiendo una mirada circular a todo aquello.

—Esto es siniestro —gruñó Edward—. Tú te has vuelto loca.

—Siniestro o no, he de hacerlo.

—¿Dónde ponemos el cadáver?

—Sobre esa mesa.

Lo hicieron. El cuerpo aún no presentaba una completa rigidez cadavérica. Aunque con dificultades, fue posible extenderlo.

Fue entonces cuando Hans vio la piscina.

—¿Qué cuerno es esto?

—¿No lo ves? Aquí tío Patrick debía criar peces de valor, seguramente de los que viven en aguas heladas.

—No me gusta.

—A mí tampoco, pero ahí están. ¿Qué quieres que haga?

En una de las paredes había apoyado un gran palo con rastrillo para limpiar el fondo de la piscina. Hans lo tomó en sus manos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Edward.

—¿Cómo que qué voy a hacer? ¿Es que no lo habéis comprendido aún, imbéciles? ¡Ahí tiene que estar el cadáver de Isabella!

Nora tuvo un estremecimiento, y sus ojos se dilataron. Se oyó, a pesar de su falsa serenidad, castañetear los dientes de Edward.

—Deja ese rastrillo —pidió Nora—. Por Dios, déjalo. Lo que estás pensando es horrible.

Pero Hans no hizo caso. Introdujo el rastrillo en el agua, hasta el fondo, provocando repugnantes movimientos de huida en aquellos peces viscosos. Durante más de diez minutos, y con una meticulosidad extraordinaria, una meticulosidad únicamente alemana, estuvo tanteando centímetro a centímetro el fondo de la piscina. Cuando retiró el rastrillo ya podía tener la seguridad de que no había nada allí, pero sus ojos estaban turbios y sus facciones brillaban a causa del sudor.

A Edward le temblaban los dedos.

—¡Vámonos! —gritó de pronto, presa de un ataque de nervios—. ¡Vámonos!

Los dos hombres se introdujeron en el ascensor, sin mirar a la muchacha. Cerraron las puertas y unos segundos después se oía el chirrido

de los cables en funcionamiento.

Nora quedó sola, espantosamente sola.

Sabía que en cualquier momento podía salir de allí empleando el ascensor. Ese era en realidad el único camino que aún parecía unirla a la vida natural, a la luz y al aire libre.

Para comprobarlo, fue a pulsar el botón de bajada.

Pero el aparato no descendió. ¡Alguien había dejado arriba una portezuela abierta!

Norma sintió el sudor helado inundando su frente, penetrando casi en sus ojos.

Estaba cazada en una trampa.

Fue entonces cuando, sin que ella lo viese, una mano se apoyó en una de las paredes, a su espalda.

Era una mano con tres dedos solamente.

NUEVE

Susan, acompañada por Hans y Edward y por Giuseppe, el administrador, salió de la estancia donde hasta pocos minutos antes había reposado el cadáver de Patrick.

Allí aún parecía notarse la presencia de algo sobrenatural, de algo que corroía los nervios poco a poco.

En cambio en el vestíbulo se sentía otra cosa. Allí se podía respirar. Por la puerta abierta penetraba, quieta, misteriosa y solemne, la luz de las estrellas.

Sin embargo, Susan tuvo un estremecimiento.

—¿Quién ha abierto esa puerta? —susurró.

Todos miraron hacia la entrada.

—Estaba cerrada, ¿no?

Giuseppe acudió hasta allí.

—Yo mismo creo haberla asegurado hace un rato... No lo entiendo. En fin, no debe haber entrado nadie, de lo contrario habrían tenido la precaución de haber vuelto a cerrar la puerta para que no se notase...

—¿Puede esa puerta abrirse sola, Giuseppe? —preguntó Susan.

—¡No creo, pero la verdad es que nunca ha sido revisada. De todos modos, ahora me aseguraré.

La cerró otra vez, afianzándola con una cadena.

Las manos de Giuseppe temblaban al hacerlo, y una raya vertical de preocupación pasaba por entre sus dos ojos.

—Aseguraré también las ventanas —dijo—. Nunca se había cometido un robo aquí, después de lo del cuadro, pero...

De pronto hizo un gesto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Susan.

—¿No creen haber oído un grito?

Todos prestaron atención, pero nada más se oyó. La casa entera parecía una inmensa tumba.

—¿Un grito? ¿Dónde?

—No sabría decir exactamente. He tenido esa sensación. Parecía llegar a través de las paredes.

Todos se miraron, y Edward fue el primero en hacer un gesto desenvuelto y tranquilo.

—Tonterías —dijo—. Todos nosotros estamos demasiado nerviosos. Giuseppe no ha oído nada...

DIEZ

La mano se movió sin que Nora se diera cuenta. Resbaló por la pared con el silencio y la agilidad de una serpiente.

Llegó hasta donde estaban los pájaros negros.

Nora, quieta junto a la puerta del ascensor, no había escuchado ningún sonido a su espalda. La luz del neón llegaba hasta allí confusa y algo borrosa, a pesar de que el resto del sótano estaba muy bien iluminado. Desde el sitio donde la mano se encontraba no era fácil distinguirla.

Silenciosamente, el ser que estaba junto a los pájaros negros se movió un poco más.

Sólo entonces hizo un levísimo ruido, al rozar una de las estanterías, Nora se volvió.

Sus ojos se encontraron con los ojos de aquel ser.

Estaban a unos quince pasos.

Nora lanzó un grito agónico, un grito de angustioso terror, mientras aquel ser avanzaba hacia ella.

La muchacha vio la mano de sólo tres dedos, vio aquellos ojos, y de pronto supo que estaba viendo algo que no tenía nombre, que se hallaba ante una de las entradas del infierno.

Su grito de agonía se perdió en el silencio abismal de los sótanos.

—¡Nooooo! ¡Nooooo!...

La mano avanzó.

—¡No lo hagas! ¡No avances un paso más! ¡Nooooo!

Nora supo que iba a morir, supo que el Más Allá la miraba a través de aquellos ojos.

Fue entonces cuando se movió. Logró saltar en el último momento, pero el salto no fue todo lo ágil que hubiera deseado a causa de su pierna. La mano de tres dedos, crispada horriblemente, cayó justo donde ella había tenido antes la cabeza.

Nora echó a correr.

Recordó entonces lo que le habían dicho poco antes: “Si alguien te persiguiera...”

Ahora la estaban persiguiendo. Ahora aquel extraño ser se movía a sus espaldas con un silencio de serpiente. Igual que una sombra del Más Allá, avanzaba bajo las fantasmales luces de neón, tras los pasos de Nora.

Esta supo que iba a ser alcanzada, supo que moriría....

Arrastró la pierna con más rapidez.

Su tobillo falló. Vio sombras difusas que parecían alargarse y bailar por las paredes.

Nunca llegaría al final del sótano, nunca... Nunca alcanzaría la última de aquellas luces de neón que se perdían en el infinito...

Sintió un aliento pesado a su espalda. Vio la mano de tres dedos alzarse a medio metro de su nuca...

Lanzó un grito desgarrador, en el que parecieron romperse todas las fibras de su garganta.

—¡No puede ser! ¡Nooooo!...

Fue entonces cuando resbaló. Fue entonces cuando sintió una náusea, al precipitarse su cuerpo en el vacío.

El frío del agua de la piscina llegó hasta la médula de sus huesos. Nora tragó un poco de aquel agua fétida y lanzó un grito de horror cuando los peces fosforescentes chocaron contra su cuello con sus largas colas y sus aletas que parecían de gelatina. Se hundió por un momento y volvió a salir. Sintió que se mantenía a flote.

Aunque sus pies no tocaban, ni mucho menos, el suelo de la piscina, el mantenerse a salvo sin acercarse a las orillas no resultaba problema para Nora, que era una buena nadadora. Lo único que le causaba horror era el contacto de los largos y viscosos peces cada vez que, asustados, chocaban con su cuerpo.

Comprendió que ahora estaba perdida. Corriendo, hubiera podido llegar tal vez a algún sitio. Pero ahora no podía salir de la piscina. ¡No podía escapar!

Vio al ser de la mano de tres dedos dando vueltas en torno a la pequeña piscina. Y fue entonces cuando Nora reflexionó, cuando se dio cuenta de que aquel ser era incapaz de nadar y no se atrevía a lanzarse al agua para capturarla.

¡Quizá el caer a la piscina la había salvado! ¡Quizá pudiera conservar la vida mientras se mantuviese a flote!

Aquel ser dio dos vueltas, en torno a la piscina, mirándola con ojos inyectados en sangre, mientras calculaba el punto más adecuado para tender el brazo y tratar de capturar a Nora. Esta procuraba mantenerse siempre en el centro, pero en un momento determinado uno de los peces la rozó y ella, para apartarse, fue más a un lado de la piscina. La mano de tres dedos salió disparada como el tentáculo de un pulpo. Nora lanzó un aullido al ser rozada, y uno de aquellos dedos se enredó en sus cabellos. Con un brusco tirón, la muchacha se desembarazó. Fue otra vez hacia el centro de la piscina, sintiendo penetrar hasta el fondo de sus entrañas otra bocanada de aquel agua fétida.

La mano se retiró poco a poco.

Nora, dentro de su horrible angustia, respiró. Porque sabía que así no podría alcanzarla nunca. ¡Nunca!

De pronto sus ojos se desencajaron de espanto.

El ser de la mano mutilada había visto, apoyado en una de las paredes,

donde lo dejara Hans, el palo con un rastrillo. Lo había visto y se encaminaba hacia allí.

Nora ahogó un grito de horror.

El rastrillo de doce agudas púas rasgó el aire, yendo a caer sobre su cabeza. Nora tuvo tiempo justo para ladearse, hundiéndose en el agua, y las púas sólo le rasgaron la ropa, sin hierirla ni lograr sujetarla. Vio, abajo, oscilar como serpientes luminosas los ojos fosforescentes; pero eso no le importó ahora. Lo de las púas era mucho más horrible, mucho más concreto. Volvió a salir, para tragar aire angustiosamente, cuando el rastrillo se alzaba otra vez.

Nuevamente volvió a sumergirse y nuevamente esquivó el golpe mortal, pero no pudo evitar que esta vez las púas sujetaran sus ropas, junto a su cuello. Sintió que tiraban de ella. Con sus últimas fuerzas, con el último aire de sus pulmones, lanzó un grito de horror.

La mano de tres dedos tiró del rastrillo.

Nora intentó luchar, pero fue inútil. Estaba cazada. Los tres dedos de aquella mano rozaron su nuca.

Entonces Nora volvió a gritar, esta vez ya sin fuerzas, y perdió el sentido.

ONCE

Cuando lo recobró, tuvo la sensación de que había transcurrido muchísimo tiempo, de que las sensaciones llegaban hasta ella desde más allá del mundo.

Vio confusamente una mano que danzaba ante sus ojos. Se estremeció y tuvo un estertor. Aquella mano pasó suavemente los dedos por encima de su frente.

Uno, dos, tres, cuatro... ¡cinco dedos!

Nora abrió los ojos penosamente, sintiendo vaharadas de angustia. Notó que no sólo tenía su vestido mojado, sino también sucio. Había vomitado, sin duda, mientras estaba sin sentido, el agua fétida de la piscina que antes se vio obligada a tragar.

Todo esto era desagradable, pero era concreto. Como una música lejana y apenas audible, penetraba en su cerebro este pensamiento: Estaba viva.

Vio que se encontraba en el borde mismo de la piscina, tumbada en el suelo, aunque alguien le sostenía la cabeza. Vio también el rastrillo abandonado junto al agua.

Tuvo otro espasmo y se vio obligada a cerrar los ojos. El miedo le impidió luego abrirlos durante largos segundos, no atreviéndose a mirar al ser que estaba junto a ella.

Por fin los abrió, dominada por un alentador pensamiento: La mano que acariciaba su frente tenía cinco dedos...

Vio confusamente un rostro inclinado sobre el suyo. Era el rostro de un hombre a quien en el primer momento no pudo reconocer. Un tipo joven, de ojos penetrantes, cuyos cabellos ligeramente ondulados le caían en parte sobre la frente.

—¿Quién... es... usted?

—Dejemos eso ahora —la voz del hombre era bien timbrada y grata—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por qué estaba usted en la piscina?

—¿Cómo?

—Se estaba ahogando.

Nora tuvo otro espasmo.

—¿No había alguien atrayéndome hacia el borde de esa piscina... con el rastrillo?

—¿Alguien? No... no había nadie.

Nora tuvo que cerrar los ojos. Todo daba vueltas a su alrededor. Por primera vez penetró en su cerebro el horrible pensamiento de que se estaba volviendo loca.

—¿Todo este sótano estaba vacío?

—La única persona a la que he visto ha sido usted. Se debatía angustiosamente en el agua de esa piscina. Creo que se había desmayado. Entonces he podido sacarla, precisamente ayudado por el rastrillo, y le he sacado el agua del estómago. Usted ha vomitado mucho, pero creo que eso le ha hecho bien. El agua donde se crían peces, sobre todo peces de esa clase, nunca es limpia.

Le dio un cachetito en la mejilla, para que ella abriese los ojos del todo, y preguntó:

—¿Puede usted levantarse?

—Creo... que sí.

Lo hizo, con un violento esfuerzo. Al principio tuvo una náusea, pero luego se dominó enseguida.

—¿Quién es usted? —preguntó, ya más animada—. ¿Cómo ha podido entrar aquí?

—Por la puerta de la casa.

—¿Cómo?...

—Soy un auténtico especialista en abrir puertas cerradas, señorita. Ninguna cerradura se me resiste.

—¿Un ladrón?...

—Yo no diría tanto.

—Pero ¿cómo ha podido llegar hasta aquí? El ascensor no funcionaba. Alguien dejó a propósito una puerta sin cerrar del todo.

—Los sótanos tienen otra entrada por el jardín. Yo conozco muy bien esta casa.

—¿Pero ¿qué dice?...

Nora no salía de su asombro.

—No haga preguntas inútiles ahora, señorita. Lo que está necesitando es un trago de coñac para reponerse del todo.

—Me siento mucho mejor ya.

Sí, Nora se sentía mucho mejor. Tanto que los pensamientos se iban haciendo cada vez más claros y concretos en su cerebro. Tanto, que al mirar de nuevo a aquel hombre los recuerdos acudieron a su mente.

—¡Cielos! —susurró, sintiendo que le abandonaban las fuerzas—. ¡Usted es Cesare Riccardi, el asesino a quien esta mañana los “carabinieri” llevaban esposado en la estación de Imperia!

* * *

El hombre sonrió. Tenía una sonrisa fría y extraña. Una sonrisa que, combinada con sus quietos ojos grises, helaba el alma.

—Déjeme... —suplicó Nora, sintiendo que otra vez temblaban sus rodillas—Déjeme...

—¿A qué tiene miedo? —la voz del hombre era ronca—. Puedo ser un

asesino, pero contra usted no he intentado nada. Hubiera podido dejar que se ahogase y, en cambio, la he sacado de la piscina.

Nora hundió la cabeza sobre el pecho. El argumento era de peso, pero a ella no la convencía. Sentía un estremecimiento en el brazo al notar sobre él la presión de los dedos de un asesino.

Pero intentó animarse y ganar tiempo, mientras buscaba una salida para aquella situación.

—¿Por dónde ha llegado? —preguntó.

—Por allí —Cesare señaló una lejana zona del sótano, medio oculta por unas columnas—. Allí hay una puertecilla, siempre cerrada, que da al jardín. Yo llegué a él desde la parte principal de la casa, y abrí sin ruido esa puerta. De todos modos es posible que se oyeran mis pasos.

—Viniedo desde allí tardaría usted en ver la piscina. Quiero decir, que se encontraría con ella casi de repente. ¿De veras... no vio a nadie?

—Nadie absolutamente, excepto usted que se iba hundiendo en el agua. Ya se lo he dicho.

Nora suspiró.

—Quizá me estoy volviendo loca... De todos modos, reconozco que la situación es como para hacer temblar a cualquiera. Que usted, al llegar, haya visto a una mujer ahogándose en una piscina de aguas negras, y además, a pocos metros, sobre esa mesa, un cadáver...

Cesare Riccardi arrugó el entrecejo.

—¿Un cadáver? —susurró—. ¿Qué cadáver...?

* * *

Nora lanzó un grito.

Se volvió, contorsionándose, y miró hacia la mesa donde poco antes reposara el cuerpo de tío Patrick.

¡La mesa estaba vacía! ¡El cuerpo ya no se encontraba allí!

Presa de un ataque de nervios, incapaz de dominarse, la muchacha golpeó con ambos puños cerrados el pecho del hombre.

—¡Usted se lo ha llevado! ¡Usted! ¡Entre todos quieren horrorizarme, quieren volverme loca!

Golpeaba con fuerza, con rabia, pero el hombre resistió sus impactos. Nora se dio entonces cuenta, con sorpresa, de que bajo la apariencia elegante y un poco despreocupada de Cesare Riccardi había un verdadero atleta, un hombre acostumbrado a todo. Los ojos grises, a dos palmos de distancia, parecieron penetrar hasta el fondo de su cerebro.

Poco a poco, la muchacha aminoró el ritmo de sus golpes. Le costaba trabajo respirar.

—Si no tuviera la boca, tan sucia, la besaría —dijo él con voz tensa,

Nora, con un gesto de desprecio y de desafío, se pasó el dorso de la

mano por la boca, limpiándosela.

Los ojos grises del hombre brillaron más.

Brillaron como los de una fiera en celo.

Estrujando a la muchacha en sus brazos, la besó. La besó salvajemente, con rabia, casi con odio. La hizo daño. Nora se revolvió, sintiendo a la vez miedo, dolor y un diabólico placer.

Cuando él la soltó, la muchacha jadeaba.

—Sácame de aquí... —pidió roncamente—. Sácame de aquí, pero si intentas algo te juro que...

—¿Qué quieres que intente? ¿Acariciar tu cuerpo? Vas demasiado mojada...

—Lamento no tener algo para secarme —contestó ella con insolente expresión de desafío.

Él la miró.

Miraba sus caderas potentes, su busto jadeante, los labios gruesos y rojos que él acababa de besar.

Miró también las hermosas pantorrillas ceñidas por las espesas medias negras.

Nora empezó a andar.

La expresión del hombre cambió repentinamente.

—¿Qué es eso?

—Soy coja. ¿No lo habías notado?

—No...

—Lamento no ser tan perfecta como tú hubieses deseado, guarro.

Exageraba aún más su cojera, moviendo las caderas.

—Pero así se me atrapa mejor —susurró—. ¿No crees? Dime... ¿no crees?

El hombre se mordió los labios.

Una llama cruel, oscura, desgarrada, de pasión, le llegaba hasta los ojos desde el fondo del pecho.

Hubiera saltado hacia ella y...

Se contuvo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó con voz ronca—. ¿Ya se te ha pasado todo el miedo?

—Tengo un miedo de otra clase —dijo ella volviéndose y mirándole directamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Hasta ahora no me había besado ningún hombre.

Ella tuvo un estremecimiento mientras hablaba. Aquel estremecimiento pareció transmitirse también a los músculos de Cesare.

—¿Cómo te llamas?

—Nora.

Él la sujetó por un brazo. Sus ojos grises se habían hecho vidriosos. En

sus labios palpitaba algo febril, ansioso. La mano que apretaba el brazo de Nora hizo daño a ésta.

—¿Nunca te había besado nadie?

—Tú has sido el primero, asesino.

—Oye...

Los ojos de la muchacha se empequeñecieron.

—Hay alguien que nos está mirando. El extraño ser qué se ha llevado el cadáver de tío Patrick aún debe estar aquí...

—Pero ¿qué cadáver ni qué tonterías? ¡Aquí no había nadie! ¡Te repito que estabas tú sola!

Nora sintió que todo volvía a dar vueltas en torno suyo.

—Salgamos de aquí —suplicó—. Salgamos de aquí...

—Está bien. Por aquella puerta.

—Espera...

—¿Qué quieres ahora?

Ella fue hacia la estantería donde estaban los pájaros negros y se llevó dos de ellos.

—¿Para qué los quieres?

—Yo sé lo que hago.

Salieron al jardín, y les recibió un aliento vegetal y fresco. Todas las pesadillas sin sentido que Nora acababa de vivir quedaban atrás, en el sótano. La luna estaba muy alta en el horizonte, tan serena que parecía un recorte de plata.

Nora la miró.

Y de pronto tuvo la sensación de que algo había cambiado, de que la decoración no era la misma, de que algo no era como debía ser.

Ahogando un grito, se volvió.

Estaba sola.

Cesare Riccardi había desaparecido.

DOCE

Fue Susan la primera en verla. Su boca se abrió en forma de “O”, lanzando una exclamación de asombro.

La puerta del dormitorio, que había abierto al oír los pasos irregulares de Nora, osciló al temblar la mano que la sostenía.

—Pero ¿de dónde vienes? ¿Cómo estás tan mojada?

—¿He caído a la piscina.

—¿A la piscina donde Patrick criaba peces de agua fría? Pero ¿cómo ha podido ser?

—Sencillamente, caí.

Se habían abierto otras puertas del mismo pasillo. Las de las habitaciones que ocupaban Hans y Edward.

Nadie se había desnudado, y en los ojos de todos rebrillaban el estupor y la alarma.

Hans preguntó:

—¿Qué haces con esos pájaros negros?

—¿Son dos de los que regalé a tío Patrick hace años.

—¿Dónde estaban?

—En el sótano. Allí hay ocho más.

Susan parecía mirarla obsesionada. Sus ojos estaban un poco desencajados, y parecía como si contemplase un ser llegado del otro mundo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Nora—. Estás extrañada al verme después de dejar sólo entornada la puerta del ascensor, ¿verdad?

—Pero ¿qué dices?

Nora, quieta en el centro del pasillo, los miró a todos alternativamente. Habían salido a mirarla. Hans y Edward la contemplaban también como si fuese una aparecida.

—¿Quién fue el último en cerrar el ascensor? —preguntó Susan con voz chillona—. ¿Quién?...

Nadie contestó. Un pesado estupor parecía haber descendido sobre ellos.

—¿Por qué haces preguntas estúpidas? —preguntó Nora—... Sólo tú conoces bien todos los secretos de la casa. ¡Sólo tú resultarás beneficiada de verdad, cuando yo muera!

—Pero ¿es que has corrido peligro de morir?

Ella no contestó. Se la notaba aún alterada, temblorosa.

—Tú necesitas un trago —dijo Edward, que era el único que parecía prestar atención a aquellos detalles—... Vamos al vestíbulo, lo bebas y

luego nos explicará qué ha sucedido.

—He estado a punto de morir.

—No digas tonterías —gruñó Hans.

—¡He estado a punto de morir, y alguien sabía lo que me esperaba allá abajo! ¡Por eso dejaron entornada la puerta del ascensor, para que éste no funcionara y yo no tuviese escapatoria!

—Pero has salido —preguntó Hans—. ¿Cómo?

—Vino en el último momento un...

De pronto Nora se calló. No podía seguir hablando, no podía complicar más aún las cosas diciendo que la había salvado un asesino. Se mordió los labios con fuerza.

—¿Quién vino? —preguntó Hans.

—Dejemos eso ahora. ¿No me habías ofrecido un trago de coñac, Edward?

—Sí. Vamos. Creo que necesitamos tranquilizarnos todos.

Se dirigieron al vestíbulo. La puerta estaba ahora bien cerrada, según vio Susan. La viuda de Patrick parecía sentirse más nerviosa y agitada que nunca. Temblaba.

—Tú también necesitas un trago —observó Edward—. Nunca te había visto así. ¿Qué pasa?

—Quizá es que le ha fallado el golpe —dijo Nora, casi sin voz.

—¡Calla!

Susan parecía al borde de la crisis nerviosa. Bebió ávidamente, atragantándose, el licor que le había servido Edward.

En cambio Nora bebió con más calma.

Se iba sintiendo por momentos con más fuerzas, pero esas fuerzas sólo le servían para darse cuenta con meridiana claridad de un hecho: Todo se encontraba preparado para matarla.

—¿Dónde está Giuseppe? —preguntó.

—No lo sé —dijo Susan.

Hans masculló: .

—¿Por qué no nos cuentas de una maldita vez lo que te sucedió allí abajo?

—Que lo explique la propia Susan. Ella, como los directores de escena, conocía todo el drama.

Susan fue a contestar airadamente, pero en aquel momento ocurrió algo que nadie esperaba.

Un disparo.

La detonación partió desde algún lugar del jardín situado frente a la casa. No fue un disparo de pistola, sino de rifle, y la pesada bala se incrustó en una de las paredes, pasando muy cerca de las cabezas de Susan y de Nora, que estaban una frente a la otra, separadas tan sólo por un paso de distancia.

Ambas mujeres se apartaron instintivamente, al percibir junto a sus rostros el silbido trágico de la muerte.

También se inclinaron, y esto salvó la vida a una de las dos.

El disparo volvió a repetirse, y la bala se clavó en la misma pared, pero un poco más baja. La detonación y el impacto fueron tan instantáneos que ni siquiera llegaron a oír el ruido de los cristales al astillarse.

Los hombres también se habían arrojado al suelo. Hans acababa de sacar una chata pistola del bolsillo posterior de sus pantalones, y con ella en la mano derecha gateaba hacia la puerta.

Edward se armó también con uno de los atizadores de la monumental chimenea.

—No os mováis... —pidió Nora—. Por favor, no os mováis. Han disparado con rifle de guerra.

—¿Y qué? —preguntó tranquilamente Edward.

—Es un arma de mucha precisión. Os cazaré si salís por la puerta.

—No vamos a salir por la puerta —gruñó Hans—, sino por una de las ventanas. Le cazaremos a él.

La cuestión parecía resuelta, pero Susan gritó también:

—¡No salgáis!

Nora la miró con sorpresa, sin levantar demasiado la cabeza, que tenía casi pegada a la alfombra.

—¿Por qué tanto miedo? —susurró—. ¿Acaso temes que tu compinche se equivoque?

—Yo no tengo ningún compinche ahí fuera.

—¿No? ¿Entonces quién ha disparado? ¿El viento?

—¡Disparaban contra mí!

Nora no supo si ponerse a llorar o lanzar una carcajada.

—¡Qué casualidad! Estábamos a dos pasos de distancia, o quizá menos, pero resulta que han disparado contra ti. Seguramente yo he pagado a alguien para que te mate —de pronto gritó—: ¿Es que no te has dado cuenta de que yo no gano nada con tu muerte? En cambio tú sí que ganas con la mía. ¡Si a mí me meten en un ataúd, tú te conviertes automáticamente en la heredera de todo esto!

—¡Estás loca! ¡Si quisiera matarte, yo no cometería el error de alquilar a un asesino!

Nora tuvo un estremecimiento.

Miró los ojos cercanos de Susan, sus ojos fríos que parecían ver algún rincón ignorado del otro mundo.

—Comprendo —susurró—. Tú no alquilarías a un asesino porque luego puede hablar y resultar peligroso. Tú alquilarías... a una persona, muerta.

Hans y Edward, mientras tanto, acababan de saltar por una de las ventanas, la cual habían abierto silenciosamente. Agazapados como gatos, igual que un comando que estuviera en acción de guerra, fueron uno por cada lado en dirección al lugar donde suponían estaba agazapado el del riñe.

Casi tropezaron. Hans estuvo a punto de disparar equivocadamente sobre Edward, cuando confluían ambos en la misma dirección.

—¡Cuidado! —gruñó Edward.

Hans bajó el arma.

—¿Has visto algo?

—Nada...

—Yo tampoco. El fulano que ha disparado debe conocer muy bien el jardín. Se ha esfumado entre las sombras, como si supiera el sitio de cada planta.

—De todos modos es seguro que ha estado aquí. Mira.

Hans señalaba a sus pies, entre las hierbas alumbradas por la luna. Había dos cápsulas vacías en cuyo culote aún se apreciaba la señal del percutor del rifle.

—Lástima que sobre la hierba no se dejan huellas —murmuró Edward—. Habrá algún tallo tronchado, pero no podremos distinguirlo a la luz de la luna. Ese tipo escapará.

Mientras señalaba hacia la casa, Edward añadió:

—¡Debiéramos haber avisado ya a la policía.

—Es ahora cuando hay base para hacerlo —dijo Hans—. Hasta este momento todo eran fantasías, pero ahora acaba de producirse un intento de asesinato. Mañana por la mañana telefonearé a Imperia, aunque Susan Lamoreux se empeñe en hablar con ese comisario amigo suyo. Que suban los “carabinieri” y en paz.

Edward hizo un gesto de asentimiento.

—Eso contando con que el fulano del rifle no se decida a probar suerte otra vez...

—Si cada uno de nosotros está en su dormitorio, con las ventanas cerradas, nada podrá intentar. Aunque de todos modos... —de pronto pareció tomar una decisión—. Voy a llamar a la policía ahora mismo, qué infiernos. Si a tía Susan no le gusta, peor para ella. No quiero acabar con una bala de rifle entre las cejas.

Los dos entraron en la casa por la misma ventana. Vieron en el vestíbulo a Susan y a Nora, las dos tan quietas y con la mirada tan fija que parecían dos muertas.

Susan fue la primera en reaccionar:

—¿Habéis encontrado algo?

—Sólo dos cápsulas de rifle vacías, lo cual es bien poca cosa. Las hemos dejado allí para que la policía las estudie —dijo Hans.

Y levantó el auricular del teléfono.

—¿Es que vas a llamar?... —preguntó Susan—. ¿No te das cuenta del ridículo que...?

El alemán no la dejó terminar:

—¡Más ridículo es acabar con cara de bobo y con una bala entre las cejas! ¡Voy a llamar inmediatamente y dentro de media hora la policía puede estar aquí!

Fue a discar, pero de pronto separó el auricular de la oreja y lo miró como un bicho raro.

—Tenía que haberlo imaginado... —dijo con un murmullo—. Han cortado la línea...

* * *

Inexplicablemente, los nervios y la ira de Susan Lamoreux fueron hacia los dos pájaros negros que Nora había depositado en una de las sillas.

—¡Saca esos buitres de ahí! —gritó—. ¡Sácalos! ¡Me están mirando.

Estaba a punto de sufrir una crisis de nervios. Todos la contemplaron como si viesan a una loca.

—Pero... —empezó a decir Nora.

—Más vale que los retires —aconsejó Edward—. En efecto, esos pajarracos embalsamados causan una impresión... muy extraña. Tiene un poco de razón tía Susan. Sus ojos de cristal parecen como si le estuvieran mirando a uno.

—Está bien, me los llevaré.

—¡Vaya idiotez! ¿Para qué diablos los quieres? ¿Por qué no los echas por la ventana?

—¿Les tengo cariño. Yo los embalsamé y se los regalé hace años a tío Patrick.

—¡Tío Patrick! —¿chilló Edward—. ¡Como si fuera divertido hablar de él! ¡Tío Patrick está muerto y parece como si su fantasma flotara por la casa! ¡Y encima relacionas tú su recuerdo con esos pajarracos que dan frío sólo al mirarlos...! ¡Llévatelos de aquí!

Hasta el impasible Edward parecía haber perdido el control de sus nervios. Sus ojos llameaban.

—¡Está bien —susurró Nora—. Me los llevaré.

Se acercó arrastrando la pierna a la silla donde estaban los dos pájaros. Supo que todos miraban su pantorrilla rígida y su pie, que a cada paso hacía ruido, al arrastrarse. La acometió una sensación de vértigo.

Tomó los dos pájaros, uno bajo cada brazo, y fue a subir hacia el piso superior.

—¿Te atreverás a pasar delante del libro con aquella marca? —preguntó Hans—. Más valdrá que los dejes en la biblioteca.

—¿Dónde está la biblioteca?

—Abre aquella puerta. Dos habitaciones más allá.

Nora siguió la indicación. Abrió la puerta y la cerró a su espalda. Se encontró en una habitación iluminada tenuemente, y que debía ser una especie de sala de recibir. Más allá había otra puerta.

Nora la abrió también.

Se encontró en una habitación inmensa, llena de estanterías con libros, cuyos lomos de piel brillaban tenue y siniestramente. Sólo una lámpara lejana iluminaba el recinto.

Nora siguió adelante, hacia uno de los sillones, donde pensaba dejar los pájaros.

No vio el piano, que quedaba a su espalda.

Entonces una mano alzó la tapa de ese piano. Una mano de tres dedos.

TRECE

Nora se acercó al sillón y depositó blandamente sobre él los dos pájaros negros.

No se oía tras ella ni el más leve ruido, y ni el más leve asomo de vida parecía palpar en la habitación.

Sólo se oía su propia respiración acompasada, y ni siquiera el chirrido de la tapa del viejo piano al alzarse fue perceptible para los oídos de la muchacha.

Se alejó un par de pasos de la butaca, contemplando atentamente los dos pájaros negros.

Y de pronto, la mano de tres dedos se posó sobre el teclado, sobre las notas más graves, las que pueden provocar un rugido semejante al de una garganta humana.

El sonido, ronco y solemne, llenó por un momento la habitación.

Nora lanzó un grito que quedó instantáneamente ahogado por las notas, mientras se volvía.

Sus ojos se dilataron de asombro y de horror.

* * *

Estaba allí.

Estaba allí aquella cosa increíble, macabra, llegada de las profundidades del Más Allá. El horror la contemplaba, desde siete pasos de distancia, a través de aquellos ojos.

Nora sintió que se paralizaban sus músculos, que no tenía fuerzas para mover un solo dedo.

Ahora se encontraba en una habitación con sólo una puerta, y esa puerta se hallaba al otro lado de la pieza, junto al piano. No había ninguna piscina donde lanzarse y a donde aquel ser no pudiera llegar. Nadie, tampoco, vendría a tiempo para salvarla.

La mano de tres dedos se retiró de las teclas del piano.

—No, no avances... —susurró Nora—. Tienes que reconocerme. No des un paso más... ¡No avances!

La mano de tres dedos se movía. Se movía lentamente, como los pies de aquel ser al avanzar paso a paso.

Nora gritó otra vez. Su grito se ahogó entre las paredes acolchadas y cubiertas materialmente de libros.

Veía, espantosamente fijos en ella, los ojos de aquel ser. Estaban sólo a tres pasos. Un solo gesto, una vacilación, y la mano de tres dedos caería

sobre ella.

Durante unas fracciones de segundo, Nora se dio cuenta de que, con un quiebro de su cintura, podría tal vez llegar hasta la puerta. Pero no lo hizo. Prefirió retroceder y buscar los dos pájaros negros.

¿Por qué?

Su gesto fue tan extraño, tan incomprensible, que hasta vacilaron los ojos espantosamente fijos del ser que se acercaba a ella.

Nora intentó alcanzar uno de los pájaros, pero no pudo. En aquel momento la mano de tres dedos cayó sobre su nuca.

El golpe no fue fuerte, porque demasiado sabía Nora que aquel ser no podía tener fuerza, pero bastó para que se tambalease, lanzando un gemido. La pierna que se arrastraba le falló, y cayó a tierra cuan larga era.

Supo entonces que nada la salvaría. Se dio cuenta de que iba a morir.

Dos manos, una de ellas sólo con tres dedos, fueron hacia su cuello lentamente.

Nora intentó arrastrarse, pero uno de los tobillos le dolía horriblemente, y no podía hacer fuerza con los pies. Se arrastró con las manos, pero ya aquellos dedos se cerraban en torno a su cuello.

Los dedos apretaron sin fuerza, y además no podían sujetar bien a Nora. De lo contrario, es posible que hubieran acabado enseguida con ésta.

Pero la muchacha se dio cuenta de que no podría escapar. Supo que, cuanto más lenta, su muerte sería más horrible.

En aquel momento, sin embargo, ocurrió una cosa muy sencilla.

Sonó el teléfono.

* * *

Las manos que atenazaban el cuello de la muchacha aflojaron su presión instantáneamente.

El timbre seguía sonando. Y distrajo por unos instantes la atención de aquel ser venido del Más Allá.

Nora pudo revolverse, y, dando dos vueltas sobre sí misma, escapó de aquellas manos. Volcó la mesita donde estaba, el teléfono, y éste, al descolgarse, dejó de sonar.

A través del auricular se oyó una voz susurrante que parecía llenar la habitación, pero cuyas palabras no fueron inteligibles.

Nora, como una loca, se puso en pie, y medio arrastrándose a cada paso que daba, corrió hacia la puerta.

La mano de tres dedos quedó quieta, rígida.

Los ojos de ultratumba miraban los dos pájaros negros.

CATORCE

Cuando Nora, con las facciones desencajadas, irrumpió en el vestíbulo, estaban allí todos los que ella había dejado. Es decir, Susan, Edward y Hans.

Ninguno de ellos parecía haberse movido. Todos tenían sendos vasos de licor en las manos.

Edward abrió mucho los ojos al verla. Su asombro pareció tan grande que incluso el vaso resbaló de entre sus dedos, rompiéndose en cien pedazos sobre la alfombra.

—Pero... ¿qué te ocurre?

Nora recuperó poco a poco el aliento, después de jadear unos momentos angustiosamente.

—Allí... —susurró—. Allí...

—¿Dónde? —masculló Hans—. ¡Habla de una vez, imbécil! ¿Qué es esto? ¿Una película de fantasmas?

—La biblioteca...

Hans desenfundó otra vez su pistola y se aproximó a la puerta, seguido por Edward y la misma Susan.

Nora fue tras ellos, arrastrando la pierna.

Atravesaron la habitación vacía y penetraron en la biblioteca. Pero en ésta no había nada anormal, excepto los dos pájaros negros que la muchacha misma había dejado sobre la butaca. La mesita volcada había sido puesta en su sitio y el teléfono ocupaba el centro de la misma, estando colgado incluso, aunque ya no sonaba.

Nada recordaba allí la escena que había tenido lugar tan sólo un par de minutos antes.

—Bueno... —masculló Hans—. ¿Qué infiernos es lo que ha ocurrido en la biblioteca?

Nora tenía los ojos tan quietos y tan cargados de venillas rojas, que parecían los de un fotograma de una película de horror.

—No... no puede ser —musitó.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Yo misma he volcado esa mesa... hace apenas dos minutos. Y el teléfono fue por tierra.

—¿Es cierto?

La pregunta había partido de Edward. Nora se dio cuenta de que todos la miraban con incredulidad y sorpresa.

—¡Claro que es cierto! —gritó, presa de un ataque de nervios—. ¡Y quien estaba aquí ha tenido que salir hace apenas un minuto por donde

nosotros estamos ahora! ¡En la biblioteca no hay más que una puerta!

Y Nora volvió el rostro hacia la sala que tenían a su espalda. Todos la imitaron.

Los ojos escrutaron rincón por rincón toda la sala envuelta en penumbra. Buscaron rastros de pies en las alfombras, tras las gruesas cortinas. Pero no vieron nada. En la habitación sólo se apreciaba ese silencio solemne y escalofriante de las tumbas.

Edward susurró:

—Está vacía...

—Pues o hemos tenido que cruzarnos con ese extraño ser del que hablas... o tú has visto visiones —dijo crudamente Hans.

En aquel momento el viento hizo oscilar suavemente las gruesas cortinas de terciopelo que medio cubrían una ventana.

—Esperad... —musitó Nora.

Con las facciones tensas, estudiando cada movimiento, fue hacia la ventana. Todos seguían como obsesionados las raras contracciones de su pierna enferma. Nora llegó hasta las cortinas y de pronto las descorrió. Detrás de ellas no había nada, pero en cambio, la ventana estaba abierta.

Fuera, se veía brillar quietamente la luz de la luna.

Nora estuvo mirando como obsesionada el astro de la noche, igual que si éste fuera un ojo mágico, hasta que Edward dijo con un soplo de voz:

—No te estés quieta ahí. Tu silueta debe recortarse claramente en la ventana, y no hemos capturado todavía al tipo del rifle. Podría ocurrírsele acariciar el gatillo otra vez.

Nora no se movió.

—Por favor... —suplicó Edward—. No sé qué puede haber de cierto en lo que dices de la biblioteca, pero lo del rifle sí que ha sido una realidad. Y pueden disparar otra vez.

Nora siguió sin moverse. Tenía las facciones rígidas.

Y no se movió porque estaba viendo al hombre del rifle a unos pasos de la ventana. Lo veía con una claridad magnífica a la luz de la luna, como en una postal iluminada.

Y, naturalmente, lo reconoció. Era la única persona que podía ser. Tuvo que haberlo imaginado desde el primer momento.

Pero a pesar de todo, y a pesar de ver el rifle allí, Nora seguía sin moverse.

Sus ojos estaban dilatados de horror.

QUINCE

En aquel momento el teléfono volvió a sonar.

Todos volvieron sus ojos hacia el aparato, mirándolo como si fuera una máquina diabólica. Nora misma se sobresaltó, y con las facciones crispadas fue hacia la puerta. El timbre del auricular siguió sonando lenta y rítmicamente.

—Bueno, por lo menos, Nora ha dicho algo de verdad —gruñó Edward—. El teléfono suena. Yo temí que estuviera estropeado y que todo fuese imaginación suya.

—Alguien tendrá que descolgarlo, ¿no? —gruñó Hans.

Y fue a encaminarse hacia el teléfono, pero Susan se lo impidió con un suave movimiento de su brazo.

—Déjalo; contestaré yo misma. Es posible que sea la policía, desde Imperia.

Descolgó el auricular y contestó con un lejano “Diga...”. Pero a las primeras palabras que escuchó como respuesta, su rostro se puso intensamente pálido, hasta parecer el de una muerta.

Por fin colgó, o más bien dejó caer bruscamente el auricular sobre la horquilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nora.

Hans también masculló:

—¿Quién era?

Unas frías gotitas de sudor parecían resbalar sobre las facciones de Susan Lamoreux.

—Alguien que quería decirme solamente que ya estaba dentro de la casa.

—Pero, ¿quién? —casi gritó Hans—. ¿No ha pronunciado su nombre?

—Sí —murmuró Susan, más pálida cada vez—. Ha dicho que se llamaba... Isabella Patrick.

* * *

—¡Isabella Patrick! —aulló Hans—. ¡No puede ser! ¡Todos hemos visto su cadáver! ¡Nora lo ha traído desde los Estados Unidos en una cesta, y lo ha hecho pasar por dos o tres inspecciones sanitarias! ¡Además, estaba a medio embalsamar! ¿No es cierto, Nora? ¡Di! —gritó más excitado cada vez—. ¿No es cierto?

—Claro que sí —musitó Nora—. Yo misma trabajé en su pobre cuerpo.

—Pero también es cierto que ha desaparecido —dijo Edward con una

calma glacial—, y que todos hemos visto la marca de su mano en el libro de visitas de la casa.

—¡Estupideces! —aulló Hans—. ¡Todos estamos alucinados! ¡Y no es cierto que Susan haya podido oír esa voz!

Susan no contestó, pero Edward dijo:

—Según parece, no es ella sola la que ha hablado con Isabella Patrick. También aquel empleado del notario... ¿cómo se llamaba? Sí... Aquel tipo llamado Tosco también habló con ella.

—¿Estamos todos locos —dijo Susan, atreviéndose a hablar por primera vez, pero hasta la locura tiene un límite—. Hemos de poner en orden todo esto. Llamaré a la policía.

—¿El teléfono está desconectado... —empezó a decir Hans. Y de pronto, sus ojos parecieron salirse de las órbitas.

—¡Cuando telefoneé antes a la policía, los aparatos no funcionaban! —gritó—. ¡Y ahora, en cambio, sí! ¡Alguien ha hecho conexiones y desconexiones con la línea telefónica fuera de la casa!

—Eso es lo de menos —dijo Edward—. Lo importante es saber si de verdad ha llamado Isabella Patrick.

—¡Absurdo! —gritó Hans—. ¡Yo no me he vuelto loco aún! ¡Y digo que todo eso es absurdo!

Se volvió y preguntó a Nora:

—¿Qué dices tú a todo es...?

Pero no llegó, a terminar la frase.

Nora no estaba tras ellos, donde había estado hasta unos segundos antes. Porque Nora ya no se encontraba en la habitación.

* * *

La muchacha, como una sombra, había llegado hasta la ventana alumbrada por la luz de la luna.

Su silueta se recortaba claramente, pero ella ya no tenía miedo al hombre del rifle. Sabía que no iba a disparar.

Pasó una de sus piernas por el alféizar y salió al exterior.

Sabía que sólo unos minutos antes una mano de tres dedos había pasado por allí, pero no tenía miedo.

No, no lo tenía.

Sólo su boca, estaba seca y una expresión de terrible amargura deformaba su bello rostro.

Salió y, caminando entre las sombras, llegó hasta el hombre del rifle.

Era lógico que fuese Giuseppe, puesto que Giuseppe era el único que no estaba con ellos cuando les dispararon a través de la ventana. Nora se dijo amargamente que hasta en los sucesos más fantasmales y más extraños existe un principio de lógica.

El hombre que también estaba allí, mirando a Giuseppe, dijo con un soplo de voz:

—No he podido evitarlo.

Nora lo contempló. Era Cesare Riccardi. Los dos bajaron luego la mirada y la posaron en el cuerpo caído de Giuseppe.

Este aún sujetaba el rifle, como si fuese a disparar de nuevo a través de una de las ventanas. Pero no podría disparar nunca más porque estaba muerto. Aún se apreciaban en su cuello las huellas de unas manos que lo habían estrangulado por detrás, a traición, logrando derribarle y acabando el siniestro trabajo cuando ya Giuseppe debía estar sin conocimiento.

Cesare volvió a decir:

—No he podido evitarlo.

—¿Has sido tú? —la mirada de Nora taladraba las tinieblas—. Dime: ¿has sido tú?

—Demasiado sabes que no. Demasiado sabes quién ha sido.

Nora hundió la cabeza. Una pesadumbre infinita, agobiante, se abatió sobre ella. En aquellos momentos hubiera deseado morir.

Cesare la sujetó por un brazo y la atrajo suavemente hacia un lugar cubierto por la vegetación, donde no pudiesen verles.

Allí le puso un cigarrillo en los labios, haciéndole fumar a la fuerza.

—Tranquilízate. Aspira unas bocanadas y trata de no pensar en nada. Si miras las volutas del humo, tal vez te sentirás mejor.

—Es sencillo hablar así, como si una pudiera cerrar su cerebro y desconectarlo de todo, igual que se desconecta un aparato de radio. Pero yo no puedo, Cesare. Hay algo que parece envenenarme hasta la propia sangre. ¿Has visto tú quién mataba a Giuseppe?

—No he visto nada. Cuando he llegado junto a él, Giuseppe era ya un cadáver.

—¿Tú le conocías?

—Sí.

—¿Estabas aquí, por él?

—La respuesta sigue siendo: “Sí”.

La muchacha miraba el humo, intentando desvanecer sus ideas, pero no podía.

—¿Quién era Giuseppe en realidad? ¿Qué quería?

—Ahora Giuseppe no era nada, pero en otro tiempo mandó una unidad del “maquis” en la frontera franco-italiana, durante la ocupación de todo este territorio por los ejércitos del Reich.

—No acabo de entender.

—Pues lo entenderás enseguida. Sus hombres fueron aniquilados en una emboscada, él resultó capturado por la Wehrmacht y entregado a los SS Cabezas de Muerte. Le torturaron hasta convertirle en un guiñapo. Giuseppe estuvo tres años en un hospital y ha sufrido casi quince

intervenciones quirúrgicas.

—Sigo sin comprender.

—Aquella emboscada la organizó una mujer.

Nora tragó saliva en un espasmo.

—¿Susan Lamoreux?

—Sí.

—Pero si entonces debía ser casi una chiquilla...

—Lo era, pero pertenecía ya al Servicio Secreto alemán.

—Nunca... hubiera podido imaginarlo...

—Cuando las cosas se pusieron muy mal, tanto que Susan se dio cuenta de que acabaría ante el pelotón de ejecución, intentó huir. Pero, ¿a dónde? Si volvía a Alemania, a la parte que seguramente quedaría en manos occidentales, no podía, porque entre los occidentales iban a estar los franceses, formados en gran parte por antiguos combatientes del “maquis” que podían reconocerla. ¿A la parte que quedaría en poder de los rusos? Los rusos son listos, tienen una implacable paciencia y no perdonan a los espías. A Susan no le gustaba acabar en los calabozos de Berlín, que entonces mandaba la policía secreta rusa. Fue entonces cuando encontró a un pobre hombre que parecía arrancado de una novela de otra época.

—¿Tío Patrick?

—Sí. Un hombre que vivía solo en una casa enorme, que se enamoró de ella como un niño y que ofreció a Susan lo que ésta ya no podía encontrar en ninguna parte: tranquilidad y seguridad. Por eso se casaron y ella se quedó a vivir aquí. Todo fue bien.

—Pero Giuseppe seguía su rastro, ¿no?

—Exacto. Giuseppe, al salir del hospital, dedicó su vida a la venganza. Estuvo en Berlín, revolviendo lo que quedaba de los archivos nazis, y recorrió toda Francia interrogando a antiguos “maquissards”. Por fin halló una pista, aunque no era segura, y vino aquí.

—Pero, ¿no conocía él a la mujer que le había traicionado?

—Algunos de los hombres que murieron en la emboscada sí que la conocían, pero él no la había visto nunca. Para averiguar, se colocó aquí. Estuvo observando, vigilándolo todo. Por fin, debió llegar a la certeza de que estaba ante la antigua espía nazi, y esta noche ha intentado matarla.

—¿Y tú? ¿Qué tienes que ver en esto?

—Hace años, pese a mi juventud, fui un enlace de todos los “maquis” del sur de Francia, una especie de superior de Giuseppe. Supe lo que se proponía e intenté disuadirle; debía entregar a esa mujer a los Tribunales, pero no recurrir al asesinato. Yo mismo había capturado a una antigua espía nazi y la llevaba conmigo a la fuerza, para convencer a Giuseppe de que debíamos obrar legalmente y entregarlas a los Tribunales a las dos.

—¿Esa era... tu mujer?

Cesare sonrió con cansancio.

—No, no lo era... Pero necesitaba justificar algo para estar junto a ella continuamente, e inventé esa mentira. Le juré que si explicaba algo le saltaría la tapa de los sesos, puesto que al fin y al cabo era la responsable de la muerte de muchos inocentes. Pero Giuseppe se me adelantó. La reconoció un día, antes de que pudiera hablar con él, y le dio el pasaporte. Todos los indicios me acusaban a mí, y hasta hoy, después de una última presentación de pruebas ante la policía de Imperia, no he podido aclararlo todo. También les he dicho que haría lo posible para que Giuseppe se entregara voluntariamente, y por eso he entrado en la casa. Pero... veo que he llegado tarde.

—Entonces, ¿estás libre?

—No sólo libre, sino que en cierto modo cuento con la protección de la policía. Y ahora, dime: Tú sabes quién ha matado a Giuseppe porque lo has visto. ¿Quién es? Pronuncia su nombre...

Nora fue a decir algo, pero en ese momento, un revólver se apoyó en la nuca de Cesare.

—Quieto, amigo, o le salto la tapa de los sesos.

Nora se estremeció.

Porque acababa de reconocer la voz de Edward.

DIECISEÍS

Cesare tuvo una primera reacción, que fue intentar desarmar a su enemigo con una llave de “judo”, pero comprendió a tiempo que sería imposible. Edward se había podido acercar tanto a ellos mientras hablaban, que ahora el revólver estaba materialmente apoyado en su nuca.

El inglés cacheó rápida y hábilmente a Cesare, que no llevaba armas.

—¿De dónde has sacado ese revólver? —preguntó Nora con los ojos dilatados por la sorpresa—; ¿De dónde?...

—Era de tío Patrick. Lo he encontrado en un cajón de su despacho. Y os advierto que está cargado y funciona bien.

—¿Es que conmigo también va la amenaza? —preguntó suavemente Nora, con una extraña calma.

—Eso lo hemos de ver —dijo Edward—. Por lo pronto aquí se ha cometido un crimen, y este tipo es un desconocido que merodea por la casa. Voy a encerrarlo mientras intento llamar a la policía.

—¡Lo que vosotros queréis es eliminar un posible estorbo! ¡Queréis que esté sola en la casa!

Edward no se molestó en contestar. Se limitó a apuntar a Cesare.

—Camine o apretaré el gatillo. Le juro que pienso hacerlo.

—Nunca me habían cazado así —musitó Cesare—. Por lo visto, he perdido oído y entrenamiento.

—Yo he sido la responsable —musitó Nora—. Te he distraído con mis preguntas y...

—No hagas caso, muchacha. De allí donde me metan sabré salir.

Edward lo introdujo en un pequeño pabellón contiguo a la casa, donde seguramente debían guardarse los instrumentos de jardinería. El pabellón no tenía ventanas, y su puerta era metálica. Una vez encerrado Cesare, Edward hizo girar la llave, la retiró de la cerradura y la guardó en el bolsillo.

—O has cometido una equivocación... o eres demasiado listo —musitó Nora—. Pero te advierto que los “carabinieri” no pueden tardar en llegar. Ese hombre actuaba, en cierto modo, por cuenta de la policía.

—Todo lo aclararemos a su tiempo —dijo Edward—. Tú entra en la biblioteca y no te muevas bajo ningún concepto. Luego ajustaré cuentas contigo, pero antes quiero preguntar algo a Susan.

—¿Qué es lo que tienes que preguntarle?

—Cerca de este revólver, y muy bien oculto por cierto, he encontrado un rollo de tela que no era sino el retrato de tío Patrick robado hace tiempo. Hay algo que no entiendo y...

Edward iba a añadir algo más, pero de pronto lanzó un grito.

Y entonces los acontecimientos se precipitaron, se convirtieron en una película de horror, en una alucinante pesadilla.

* * *

Edward fue golpeado en la nuca con un objeto contundente, y cayó a tierra sin exhalar un gemido, soltando el revólver. Inmediatamente, un arma se apoyó en la espina dorsal de Nora, y una voz helada, ordenó:

—Quieta, o te aso.

Nora sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Aquella voz cruel, dañina, era la voz de Hans.

Alguien apareció detrás de Nora, mientras seguía apuntándole Hans. La muchacha lanzó un gemido al ver a Susan. Susan recogió el revólver del caído Edward y la apuntó también.

—Pero... —balbució Nora.

—No dirás que no sospechabas de mí —dijo Susan Lamoreux con voz helada—. Desde tu llegada a la casa me has estado acusando.

—Sí. De ti sí, pero... nunca se me hubiese ocurrido sospechar de Hans.

—Hans es mi hijo.

Nora tuvo una especie de espasmo. Oyó, como una cosa lejana, el entrechocar de sus propios dientes.

—Ya te habrás dado cuenta antes de que Hans es muy joven, aunque por la vida que ha llevado parece mayor —dijo Susan.

—Entonces no es sobrino de tío Patrick...

—No, pero como él sabía que yo tenía un hijo, se sintió bondadoso y no quiso olvidarlo en su testamento. Para que a nadie se le ocurriese atacar el legado que le dejaba, lo designó como si fuese sobrino suyo.

—¿Y vosotros dos habéis decidido quedaros con todo... puesto que tú eres mi heredera, Susan. Habéis decidido quedaros con todo... sin más trabajo que eliminarme a mí.

—Sí —musitó Hans torvamente—. Claro que sí, pequeña... Podremos perfectamente justificar tu muerte, y vamos a eliminarte...

Hizo un poco más intensa la presión de la pistola clavada en la espina dorsal de Nora y gritó:

—...¡AHORA!

DIECISIETE

El dedo de Hans se cerró sobre el gatillo.

Pero no llegó a disparar. De pronto, en el último segundo, sus ojos se desorbitaron con una expresión de horror.

Por la puerta de la biblioteca acababa de entrar alguien. ¡Alguien que avanzaba hacia él tendiendo siniestramente sus dos manos! ¡Y una de ellas sólo tenía tres dedos!

Hans fue a volver la pistola hacia aquel extraño ser, pero ya no llegó a tiempo. Unos ojos demoníacos estaban clavados en él. El propio infierno parecía mirarle a través de aquellas pupilas, cuya fijeza llegaba a enloquecer.

Dos manos fueron hacia su cuello y apretaron sabiamente, haciendo doblarse a Hans con una mueca de agonía.

Nora gritó:

—¡No, tío Patrick! ¡No lo hagas! ¡Noooo!...

* * *

El extraño ser, el hombre con sólo tres dedos en la mano derecha que la había perseguido en el sótano y poco antes en la misma biblioteca, volvió un momento los ojos hacia Nora.

Aquellos ojos parecieron humanizarse. ¡Aquellos ojos adquirieron luz!

Nora supo que la había reconocido no por sí misma, sino por los pájaros negros que ella le había regalado años antes. Aquellos pájaros que le habían traído a la memoria algo que parecía perdido para siempre.

Pero la distracción del viejo Patrick fue fatal para él. Hans logró reaccionar y apretó dos veces el gatillo, casi a boca de jarro. Nora vio crispase angustiosamente en el aire la mano de tres dedos, mientras Susan Lamoreux lanzaba un alarido y salía de la biblioteca.

El viejo Patrick cayó muerto, esta vez definitivamente, mientras Hans volvía la pistola hacia Nora.

En sus ojos brillaba algo demoníaco, algo que parecía estar más allá de la vida y de la muerte.

Nora supo que iba a morir, que ahora iba a morir sin remedio. Nadie podría salvarla.

Pero sus ojos miraron serenamente, sin embargo, al que iba a ser su asesino.

—Patrick estaba loco, ¿verdad? —susurró fríamente—. Volvió ya loco de Egipto, seguramente después de perderse en el interior de alguna

tumba. Un loco peligroso que sólo ansiaba matar.

—Sí —reconoció Hans—. Y Susan, su mujer, lo hizo encerrar en el mayor secreto, apenas puso de nuevo los pies en Italia.

—Pero ya existía un testamento válido —musitó Nora—, y precisamente por estar loco Patrick, no podía reformarlo, ¿verdad? Susan no era heredera porque tío Patrick se había enterado a tiempo de que fue una espía nazi, aunque por un resto de cariño no quiso desheredarla del todo. Pero Susan quería el dinero, la casa... ¡quería toda la fortuna de Patrick! Por eso, aprovechando que la antigua servidumbre se había despedido, y como después de tres años de ausencia ya nadie se acordaba exactamente de cómo era Patrick, contrató a alguien que se le parecía... ¡Un enfermo qué irremediablemente tenía que morir!

Hans tenía las facciones crispadas. Su índice derecho se había cerrado completamente sobre el gatillo. Un solo movimiento, un solo descompás en la respiración, y la pistola se dispararía sola. Fue esta confianza lo que hizo decir a Hans:

—Susan contrató a un hombre enfermo de cáncer para que se hiciese pasar por tu tío Patrick, y como a tal le hizo visitar al notario a fin de que modificara su testamento. Pero el notario, quizá barruntando algo, puso dificultades, y Susan, mi madre, se dio entonces cuenta de que aquel maldito testamento no podría ser modificado jamás. Por otra parte, no tuvo más remedio que conservar a su lado al enfermo, ya que éste tenía que pasar ante todos como su esposo. El hombre, sin energía ni voluntad ya, dejaba hacer. Fue entonces cuando yo propuse a mi madre un plan mucho más sencillo: Para ser heredera completa, sólo necesitaba eliminarte a ti. Y además, teníamos al alcance de la mano alguien que te mataría sin remedio.

—¿El propio tío Patrick?

—Sí. Lo ayudamos a escapar pretextando una revisión médica, y lo trajimos aquí con las debidas precauciones. Dijimos a los del sanatorio mental que nosotros mismos daríamos parte a la policía, pero, naturalmente, no lo hicimos. Quedó encerrado en el sótano, adonde te hicimos llegar a ti, dejándote encerrada... ¡para que te exterminase! Patrick no conocía a nadie, y su único anhelo era... ¡matar! Nos fue muy sencillo encerrarte allí, porque sabíamos ya que eras embalsamadora y que hace años regalaste a Patrick diez hermosos pájaros negros ya embalsamados y que se conservan aún. Tú no te negarías a cumplir aquel siniestro encargo... ¡y desde eso a llevarte a los sótanos, donde te aguardaba la muerte, ya sólo había un paso!

—Pero antes tuvisteis que “robar” el retrato de tío Patrick, ¿no es así? —musitó Nora, fríamente—. Porque a él le faltaban dos dedos... ¡igual que a su primera hija!... y por ese detalle cualquiera se hubiese dado cuenta de la suplantación.

—¿Así es, en efecto... Pero ¿qué ocurrió con el cadáver de Isabella? —preguntó Hans con un leve temblor en la voz—. ¿Desapareció realmente o fue una treta tuya?

—Fue una treta mía. Yo cargué con él y lo oculté en el armario de un dormitorio contiguo, haciendo que antes su mano quedara impresa en el libro de firmas. Sabía que eso os desmoralizaría también, al veros atacados por vuestras propias armas.

—Pero ¿por qué? —aulló Hans—. ¿Por qué? ¿Es que sabías algo? ¿Es que ya sospechabas de nosotros?

—No sólo sospechaba, sino que sabía. Tío Patrick me felicitaba todas las Navidades, y desde hacía tres años no recibía carta suya. Alguna vez me pidió disculpas por su mala letra a causa de los dos dedos que le faltaban, y en cambio, el cadáver que me presentasteis tenía las dos manos enteras. Fue entonces cuando me decidí a seguir con el plan que ya había trazado de antemano. Un plan en el que interveníamos la verdadera sobrina de Patrick... y yo, su mejor amiga. Porque yo no me llamo Nora Patrick, sino Nora Keil. Nora Patrick me salvó una vez la vida, y por eso ahora estaba dispuesta a devolverle el favor... ¡haciéndome pasar por ella en una casa donde una pobre muchacha coja corría un terrible peligro de muerte!

Hans abrió la boca de una manera deforme, extraña.

—¿Entonces, tú... tú...

—Sí, yo no soy la verdadera Nora Patrick. Ella es la que ha telefoneado para sumiros en el terror a vosotros también y haceros confesar vuestros planes. La que telefoneó a Tosco, el oficial del notario Pascoli. ¡La que llegará con la policía de un momento a otro si yo no contesto a la próxima llamada!

A Hans no pareció impresionarle la amenaza contenida en aquellas palabras. Le impresionó mucho más que la que ellos creían víctima fácil les hubiera hundido también en un mundo de terror del que aún no habían logrado salir del todo.

—Por tanto —silabeó—, tú no eres coja...

—Claro que no lo soy, imbécil! ¡Y estoy harta de fingir!

Mientras hablaba, Nora levantó la pierna derecha, la que todos consideraban casi inútil, y golpeó la mano armada de Hans. Este lanzó un grito al ver que el revólver volaba por los aires. Hizo una pirueta e intentó recuperarlo.

Nora fue a hacer una zancadilla, pero falló. Hans le golpeó entonces brutalmente con el canto de la mano abierta, y la muchacha cayó a tierra lanzando un gemido ronco.

Un solo segundo bastó a Hans para recuperar su pistola, con la que encañonó a Nora. Sus ojos brillaban de furor y parecían inyectados en sangre.

—Vas a morir como pensábamos matar a Patrick cuando él te hubiera asesinado —farfulló—. No hubieran encontrado su cadáver jamás entre los acantilados, y nosotros no hubiéramos tenido más trabajo que comunicar su muerte al sanatorio mental. Un hombre habría sido enterrado en las mismas fechas con el nombre de Patrick... ¿Quién iba a dudar de la palabra de su viuda? Ahora tú le harás compañía eterna, muchacha, y nada se habrá perdido. Vas a morir...

Nora le miraba con una sonrisa lejana, quieta, casi indiferente.

—Quiero pedirte una última gracia —susurró.

—¿Pretendes ganar tiempo? ¿Crees que estoy tan loco como para dejarte...?

—No voy a pedirte ni un minuto más de vida —dijo ella—. No, Hans, ni un minuto más... Sólo quiero que me dejes morir teniendo en los brazos esos dos pájaros negros que hace años regalé a Patrick. Eran diez, pero estos dos son mis preferidos. Ya ves que pido poca cosa...



—Quiero morir con estos dos pájaros negros.

Sin aguardar respuesta, los tomó bajo sus brazos, sujetándolos por el vientre. Hans la miraba sin comprender, pero diciéndose que al fin y al cabo allí no podía haber el menor peligro para él. Levantó la pistola apuntando a la frente de la muchacha...

Cerró su dedo sobre el gatillo.

Y de repente lanzó un grito infrahumano, horrible, un grito que pareció arrancado de las profundidades mismas del infierno.

DIECIOCHO

Dos chorros acababan de salir proyectados con una fuerza increíble por los picos de los dos pájaros, que apuntaban al rostro de Hans. Este soltó la pistola al lanzar aquel alarido infrahumano, al sentir que todo su rostro se deshacía, se convertía en pulpa. Demasiado tarde comprendió que los dos pájaros eran en realidad dos grandes depósitos de ácido sulfúrico, el cual salía proyectado al exterior mediante un resorte cuya existencia sólo Nora, y seguramente el viejo Patrick conocían.

¡Un arma terrible en la que nadie se fijaba! ¡Una trampa en la que aguardaba algo mil veces peor que la muerte!

Revolcándose, aullando, ciego completamente, Hans se lanzó al suelo y empezó a contorsionarse en él. Nora dejó caer los dos pájaros a tierra, mientras en su rostro se marcaba una expresión de agonía.

—Lo siento —susurró—. Era un regalo valioso que Nora hizo a su tío Patrick por si alguna vez se veía en grave peligro... Lo preparamos entre las dos... Nunca creí tener que usarlo de este modo.

—¡Y no lo volverás a usar, maldita!

Desde la puerta, Susan Lamoreux la amenazaba con una “Luger”, sin duda, recuerdo de sus años al servicio de los nazis. Nora se encogió, mientras rezaba mentalmente, y en ese momento alguien entró en tromba por una de las ventanas.

—¡Cesare! ¡Cesare Riccardi!

Cesare tuvo que contorsionarse para evitar el primer balazo, dirigido a él. La bala pareció gatear sobre las baldosas mientras él levantaba el arma del caído Hans. Con la mano izquierda, en posición difícilísima, hizo un solo disparo, y la bala atravesó la mano de Susan, que tuvo que soltar el revólver.

Susan cayó de rodillas, llorando, sin sentir ni siquiera el dolor de la bala. Porque al ver a Hans tan espantosamente inmóvil, comprendió que acababa de morir. Y eso borró para ella todas las demás sensaciones del mundo.

—Lo siento —repitió Nora en voz baja—. Ojalá hubiese podido hacerle comprender.

Los dos pasaron junto a la mujer, la responsable de tantas muertes, que ahora, puesta de rodillas, lloraba silenciosamente. Poco a poco, como si sintieran un peso en la nuca, caminaron hacia el teléfono.

—Nora Patrick ha estropeado y reparado la línea un par de veces ella misma —susurró la muchacha—. Ahora ya funciona. Llamaremos a la policía.

—Pero ¿tú no eres Nora Patrick? —susurró Cesare.

—No. ¡Tengo tantas cosas que explicarte! Pero la primera es ésta: Yo me llamo Nora Keil. ¿Te importa?

—No... —susurró Cesare—. Sólo era por curiosidad. Por saber qué segundo apellido tendrán un día mis hijos...

Y él mismo marcó el número silenciosamente.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Mikky Roberts

Al margen del horror



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta „

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.

**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

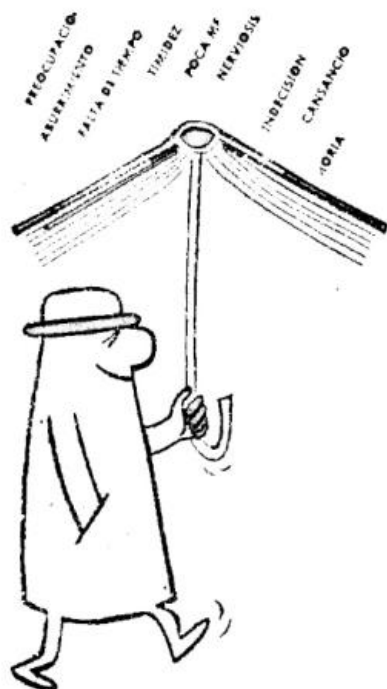
Escritos por el conocido radiotécnico

R. J. de Darkness

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

**COMO VIVIR 365 DIAS
AL AÑO**

**ARTRITIS Y SENTIDO
COMUN**

**EL ARTE DE DESCANSAR
NUESTRO PRIMER HIJO**

BAILAR ES FACIL

VIVIR MEJOR

**VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS**

**COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA**

INGLES PRACTICO

CONVERSAR Y CONVENCER

FECUNDACION CONTROLADA

**LA CLAVE DE LA
GRAFOLOGIA**

MEDICINA POPULAR

HIPNOTISMO

VIVIR Y CONVIVIR

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

Marlon Brando

El más original e independiente de los actores de la meca del cine, parece ser que recientemente ha contraído matrimonio con la actriz Rita Gam. Nació el 3 de abril de 1924, en Nebraska. Su última película ha sido "La rebelión de la Bounti".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

N° 1455